

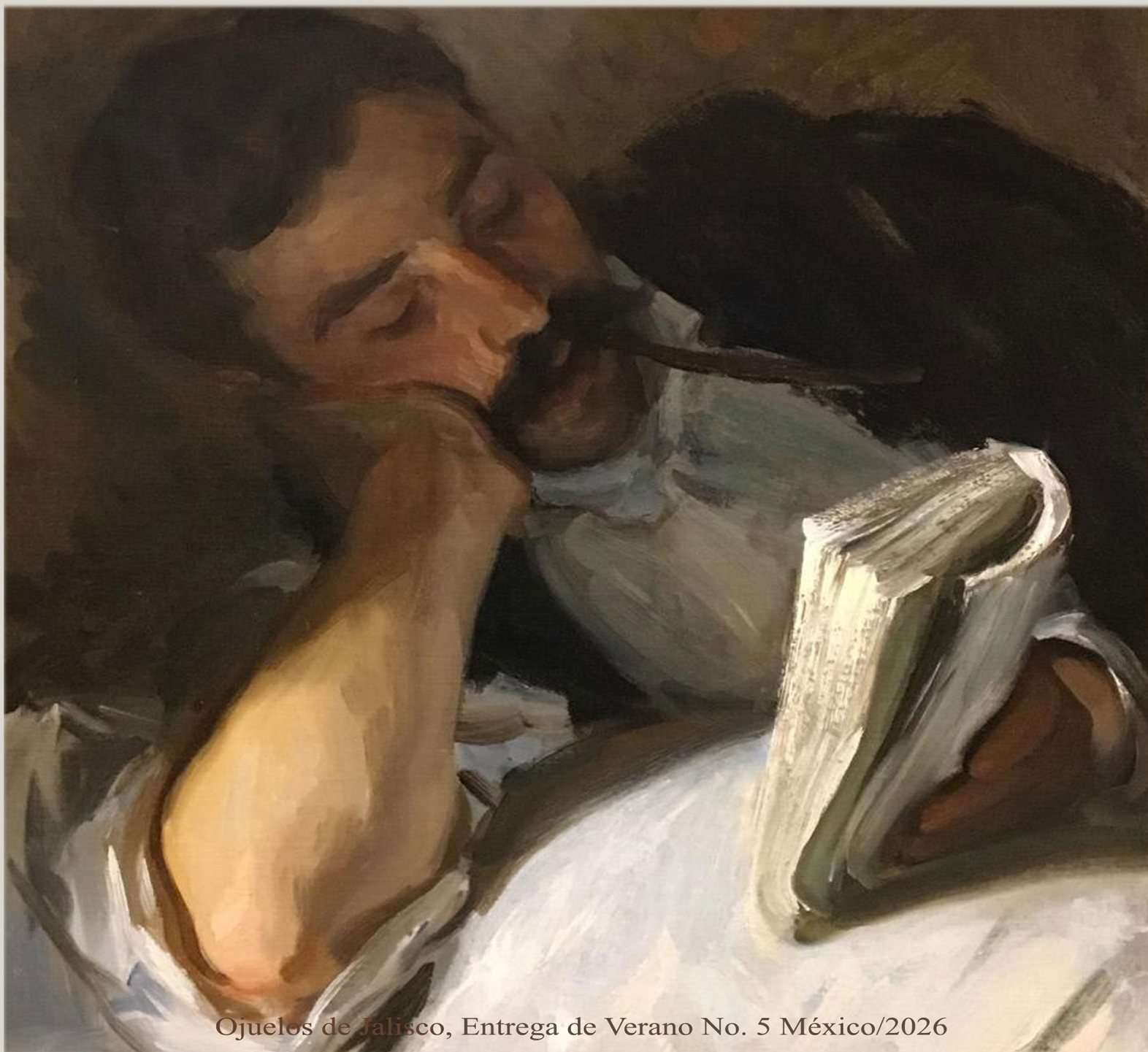


Revista de Creación Literaria

DISTANCIA

<https://revistadistancia.framer.website/>

Cuento, Poesía, Crítica Literaria, Investigación, Microcuento



Ojuelos de Jalisco, Entrega de Verano No. 5 México/2026

Distancia

La primer revista literaria Ojuelense Edición especial, primer aniversario



Dirección

Daniel Sánchez Hernández

Consejo editorial

Miguel Ángel Rivera Barrera

Daniel Sánchez Hernández

Jesús Alfonso Martínez Almaguer

Edición y diseño

Juan Carlos Soto

Miguel Ángel Rivera Barrera

Ilustración de Portada

Sargent Singer Jhon, 1908, Man reading, [Fotografía en portada para revista], Revista Distancia

Edición Especial, en: <https://historia-arte.com/obras/hombre-leyendo>.

Existen voces que no siempre son escuchadas, Distancia ofrece un espacio, una rendija a todo lo establecido

*«Y, por cierto, se puede escribir sobre
cualquier cosa en la vida si uno tiene el valor de hacerlo
y la imaginación para improvisar.
El peor enemigo de la creatividad es la inseguridad.»*

Sylvia Plath

*«Podemos estar orgullosos de lo que hemos hecho,
pero deberíamos estarlo mucho más de lo que no hemos hecho.
Ese orgullo se está por inventar.»*

Emil Cioran

**I.- La precariedad contemporánea del mundo literario,
desde el ensayo “Dentro del bosque”
de Emilie Gould**

María del R. Luna Chávez

**III.- Maddona y la mercantilización espiritual
Una Crítica a su Más Reciente Aparición en
el Podcast de Jay Shetty**

Miguel A. Rivera

XII.- Crónicas de una madre soltera

Juana Ercilia Rocha Magemiano

XVI.- El comisario

Jesús Alberto Guevara Febres

XXI.- Milímetro digital

Silvia Cecilia Vázquez Carus

XXVI.- El heraldo de las arenas rojas

Francisco Araya Pizarro

XXXI.- La marioneta

Fernando Antonio Leyva Leyva

XXXVIII.- Alejandría

María de los Ángeles Horta

XL.- Rojo

Margarita Isamat

XLIV.- El nombre que nadie sembró

Armín J. Arceo Durán

L.- El infierno a tu lado

Alfonso Martínez

LVII.- Vacíos y sin remedio

A.R. GOTI

LXI.- Lejos de las bestias

Damián Andreñuk

LXV.- Trebolo el lodo vacío

Alejandro Espinosa

LXVI.- Duelos

Islas M

LXVIII.- Mirada al pasado

Adán Delgadillo Trinidad

La precariedad contemporánea del mundo literario, desde el ensayo “Dentro del bosque” de Emilie Gould

María del R. Luna Chávez

El proceso creativo no implica estandarización ni medida para la experiencia vivida del autor, por consiguiente, la inspiración enfrenta peripecias a contrapeso imaginativo de la idea principal. En el libro *Dentro del bosque* (2014) de Emily Gould¹ se muestra otro lado del proceso creativo, que expone la precariedad a que la autora estuvo sometida, la manera en que su primera obra la llevó a la quiebra, repercutiendo en una tardía recuperación económica. La autora sobrevive con trabajos de medio tiempo que le dejan espacio para escribir, por consiguiente, Gould como escritora, no es rentable.

La calidad de vida en una de las ciudades más caras del mundo, se asemeja a las problemáticas que enfrenta un escritor en cualquier otro lugar. La obra aludida, establece su espacio en la ajetreada ciudad de *New York*, en concreto habla desde el barrio de *Brooklyn*; sin embargo, un escritor promedio de la Ciudad de México puede pasar por los mismos o incluso peores problemas económicos, pues los espacios geográficos y las diferentes temporalidades, no determinan el éxito literario de uno sobre el otro, en ambos las probabilidades son bajas. Es bien sabido que invertir en la creación de la pintura, la música, la escritura o en cualquier otro arte se corre el riesgo de no ser remunerado.

¹ Emily Gould (Silver Spring, 1981) es escritora y editora estadounidense. Publica reseñas literarias, ensayos y artículos en el *New York Times*.

El panorama neoyorquino de la obra se vincula al fracaso, no desde el punto *underground*, sino desde la necesidad de notoriedad, y de éxito literario. Pero, a pesar del desasosiego, la autora mantiene una positividad puesto que conoce el precio de escribir, como las personas “los libros también fracasan”, comenta la autora.

Dentro del bosque dibuja el mundo actual, tan enlazado a las redes sociales. Gould se toma en serio la cuestión de ser una cibernauta actualizada para que sus publicaciones influyan en el público, y sin embargo el mundo digital no alcanza tampoco al éxito que ella espera. La resiliencia la vuelve una mujer fuerte, resignada, que no pierde la pasión por escribir y darse a conocer.

Los sueños la mantienen creativa, siempre fantasiosa, aunque el mundo real aparezca como el desajuste de sus esperanzas, así escribe para superar la adversidad, y hace uso de sus diversas crisis para desarrollar ideas de posteriores obras. La autora maneja su propia editorial, donde publica narrativas menos comerciales al estándar, pero que recomienda ampliamente.

Su obra se divide en dos perspectivas: la primera es “*Dentro del bosque*”, donde muestra al personaje de Emily, que experimenta el viaje hacia la madurez de la autora; la segunda “*volver al bosque*”, dibuja el enfrentamiento con el escenario cambiante, e incluso intolerante. Su originalidad consiste en mostrar la manera en que las ideas están sujetas a las peripecias cotidianas y desfavorables, en una prosa que recuerda la vida absurda, y en un tono desinhibido, afín a escritores malditos como Bukowski o Baudelaire.

MADONNA Y LA MERCANTILIZACIÓN ESPIRITUAL

Una Crítica a su Más Reciente Aparición en el Podcast de Jay Shetty

Miguel A. Rivera

Louise Ciccone, Madonna, apareció de invitada en el *podcast* de Jey Shetty *On Purpose* el pasado 30 de septiembre del 2025. La novedad fue doble, primero, la cantante decidió cortar con el silencio mediático de 9 años, en los cuales no concedió ninguna entrevista; segundo, esta aparición destaca del resto, su énfasis aborda el viaje espiritual de la cantante a través de su vida personal. La plataforma de Shetty, un ex monje y escritor británico, se publicita como “sabiduría viral”, en la misma se tratan temas afines a la ayuda personal, que muy lucrativos son para algunas editoriales. Esta categoría literaria, ya sin el papel, sigue atrayendo grandes públicos en plataformas digitales, en voces de distintos creadores de contenido.

Más que señalar aparentes contradicciones en el discurso intimista de Madonna con Jay, se pretende aquí exponer y/o argumentar una de sus posibles finalidades ideológicas, un fenómeno en la cola del *new age* que, a través de figuras mediáticas y de gran poder de convocatoria, mercantiliza la espiritualidad, o mejor dicho, la necesidad espiritual, de la humanidad actual. La imparcialidad salva este texto de elaborar un juicio sobre lo cierto o falso en las convicciones espirituales de la cantante, y que solo competen a ella misma, y salta a señalar conceptualmente este anfiteatro propagandístico de las creencias, con que todavía sorprende este nuevo siglo. Al final, espero que el lector se pregunte, además de contenido ¿qué más venden las celebridades?

Cualquier seguidor de la cantante conoce de sobra el giro temático a que su arte está sujeto, *la reina del pop* es a menudo celebrada por su habilidad camaleónica, reinenciones, visual, temática y musical. De esta manera la Madonna que en los 80's exacerbaba el culto al materialismo, la diversión y el sexo, se enfrenta en los 90's a la Madonna que toma su inspiración del despertar espiritual íntimo. De mano con sus iniciaciones en la Cábala², su quehacer artístico contrajo posturas contrarias a las primeras.

Su álbum de 1998 *Ray of Light* es el parteaguas en esta evolución. El álbum no solo se distancia musicalmente del sonido disco que la hiciera un icono en los 80's, también las letras son una constante rectificación de su imagen anterior; la chica material, superficial, ambiciosa y egoísta, es reemplazada por la mujer espiritual, y el *yo* no sujeto a los deseos del *ego*. Una reivindicación madura en la que las posturas materialistas y narcisistas de una versión anterior son contradichas; además, la coincidencia del álbum y su primera maternidad ha sido señalada, por ella misma y algunos críticos, como una pieza clave de este “despertar espiritual”. Diversos elementos de la Cábala fueron introducidos en su música, el misticismo de *Frozen* y el mantra hindú de *Shanti / Ashtangi*, son ejemplos suficientes.

Esta actitud compasiva se convirtió luego en militante. Trabajos posteriores como *American Life* proyectan una faceta de la cantante más despierta a enfocar esta realidad violenta e injusta, que el sueño americano oculta. El trasfondo que ya muchos artistas y pensadores se han ocupado de deconstruir y señalar sus fallos. Sin embargo esta faceta como las otras, también hubo de ser reemplazada, pues álbumes desde el *Confessions on a Dance Floor*, han olvidado este tipo de actitud militante para centrarse otra vez en los contenidos sencillos, superficiales y afines al gusto de la cultura pop.

² Castellanización del hebreo: *Kabbalah*.

En estos saltos y reinenciones su espiritualidad ha vuelto a salir a flote, y todo apunta a que el giro espiritual de 1998 puede volver a ocurrir, pero con una marcada diferencia.



1. *Live to Tell*³

Madonna se fusiona muy bien con el arquetipo del “ser espiritual”, aunque no como normalmente se espera, su imagen irreverente a menudo mezcla elementos religiosos con elementos musicales. La imagen de las cruces en fuego de *Like a Prayer*, uno de los testimonios de siglo pasado, la presentación en directo que la mostraba crucificada mientras entonaba *Live to Tell*⁴, un testimonio del siglo presente. Mismos que le han ganado el repudio y la censura de algunos sectores sociales, como grupos conservadores e instituciones religiosas, de Estados Unidos y otros países.

Resulta curiosa la aparición inocente de la vocación ideológica que de pronto en múltiples tipos de celebridades parece despertar; cuando el discurso ideológico resulta una necesidad obligada a compartir. De este modo no solo cantantes como Madonna, futbolistas

³ GodWeb. *Madonna's Crucifixion ¿Blasphemy or Inspiration?* <https://www.godweb.org/madonnacruci.htm>

⁴ Imagen 1.

como Javier Hernández “Chicharito”, actores o *influencers* como Ema Watson, llegadas a determinada etapa de fama, parecen utilizar su poder de convocatoria para nutrir ideologías o “espiritualidades”, a especie de gurús contemporáneos.

Estas demostraciones que a menudo se vuelven virales en redes sociales, son un síntoma de la cultura más terrible de lo que se presume. Además de la desinformación, el posmoderno carece de los valores religiosos y morales de siglos anteriores, en él se inscribe de manera magistral la idea de G.K. Chesterton “cuando se deja de creer en Dios, enseguida se cree en cualquier cosa”. Así el vacío donde se erigiera Dios, es una oportunidad para atiborrar de ideologías al individuo, de modo que cantantes, actores y deportistas pueden escabullirse dentro de los altares sagrados que la cultura ha ido vaciando, y usurpar a las deidades. Luego, en el *podcast* de Shetty, ya no es la idea de Dios, sino el concepto de “luz interna”, jamás se menciona la “fe”, pero se repite bastante un axioma “confía más allá de la lógica”, y en fin, una espiritualidad alternativa y ambigua, pues no se sabe de primera mano (ni en su propia publicidad) cuál es su fundamento.

Escuchando más allá de las palabras, es donde se revela el actuar oculto de operaciones doctrinales, y más aún, en sus flaqueos, las celebridades e *influencers* demuestran lo susceptibles que son como cualquier otro individuo a las manipulaciones ideológicas. Además, los sesgos que derivan de las reacciones a este contenido se deben en parte a que a menudo caen en el reduccionismo, y hacen gala de una polarización forzada; en el caso de Emma Watson y “Chicharito”, sus mensajes, uno de tinte feminista y el otro en defensa patriarcal, no dejan a nadie satisfecho, en tanto que solo tocan una arista de los problemas sociales y culturales, en los que un verdadero investigador reconoce, influyen más variables de las que ellos predicán. Así se reduce el mensaje, y la “sabiduría viral” no se siente

profunda, pues su discurso superficial solo sirve para dividir en favor y en contra, en lugar de generar convicciones genuinas con las causas.

Madonna parece ser más inteligente que los anteriores ejemplos, en tanto sus pretensiones están mejor camufladas. En los primeros instantes de la entrevista con Madonna, Jay inquiriere a la cantante lo que ella tiene por “espiritualidad” y se responde con una alternativa al desarrollo de la vida interior, una espiritualidad que consiste en la aplicación de una sabiduría que acompaña las decisiones de vida, y que gira en torno a lecciones fundamentales de la Cábala. Sin embargo, la obra mística *El Zohar* solo es mencionada en algunos puntos, y en lugar de anclar una experiencia con una lección particular, la entrevista se enfoca en el relato biográfico de Madonna, durante el cual se mencionan diversos argumentos que parecen surgir de las típicas obras que ocupan los charts de ventas en las editoriales mediáticas, “abrazar tu diferencia”, “todo lo que te sucede está destinado a sucederte”, “confía más allá de la lógica”, saben más a “sabiduría” editorial que a un estudio espiritual serio.

Algunos de los argumentos en favor de esta postura son los siguientes. Al principio de dicha entrevista Madonna es tajante en cuanto a sus propósitos: “en el pasado he concedido entrevistas para promocionar mi trabajo, ya sea música, giras o un *show*, pero hoy quiero aprovechar para hablar sobre mi vida espiritual y el viaje espiritual que recorrido”⁵. Sin embargo, los *posts* que acompañaron la difusión de dicho *podcast*, hacen dudar de las convicciones del mismo. En un punto intermedio, se introduce a Eitan Yardeni, el profesor de Cábala con el que la cantante ha estudiado por casi tres décadas. ¿A qué sirve el propósito de conocer esta figura? Una búsqueda simple revela la existencia de cursos sobre Cábala que

⁵ Traducción libre de la entrevista: *MADONNA EXCLUSIVE: The Side That NOBODY Knows...* disponible en YouTube.

imparte la cantante de la mano de su maestro, cuyos detalles y precios pueden consultarse en la página de Kabbalah.com

No son los anteriores los únicos factores a tomar en cuenta, desde hace unas décadas el *streaming* ha cambiado las reglas del juego para la industria musical. Cuando los ingresos no provienen de las ventas del álbum y de sus reproducciones digitales, es evidente que debe adquirirse en otra parte; no solo se habla de giras y *merchandise*, sino que la música parece que ha dejado de ser el producto y, como menciona Jay Diggs⁶, se ha convertido en el elemento publicitario de otro producto. Así tenemos figuras musicales dueñas de conglomerados de cosméticos, de bienes raíces, empresas de tecnología, y en fin, de mil y otros productos y servicios que usan la música como *marketing*.

Hay finalidades bien disimuladas, que los titulares de diversos blogs no tratan en rigor, en las dos horas de duración de la entrevista hay material suficiente para poner en jaque el mensaje mismo o oscurecer la idea que busca promover; la anécdota personal, el trasfondo provocativo de la cantante, muchas veces leído como blasfemia, es la publicidad de este producto.

La edición de Enero 2023 de *Vanity Fair España* mostraba en su portada a una Madonna en iconografía religiosa, apersonando la Virgen María, y cuya fotografía alegoría de *la última cena*, se acerca más a la propuesta de artistas como Marilyn Manson; tras este historial, lejano y reciente, de controversia religiosa, vale preguntarse ¿cuál es la espiritualidad que ella promueve? Más allá de la apariencia, de una aparición inocente con la oportunidad de compartir un lado poco conocido de la cantante, se asiste a una de las crisis espirituales a que

⁶ Jay Diggs, *How Pop Stars Trick You Into Buying EVERYTHING (Not Just Music)*. Vídeo disponible en YouTube

la contemporaneidad está cada vez más sujeta, que Guénon alude en su *Crisis del Mundo Moderno*.



2. Vanity Fair⁷

Madonna puede desdecirse, renegar de sus pensamientos lejanos y cambiar el discurso a largo de su carrera, en paralelo puede argumentarse que el individuo madura, que la mentalidad evoluciona y los principios cambian, y sin embargo en la ecuación no cuadra la exhibición ligera, sin profundidad, que despierta las alarmas y más que ayudar a una masa de individuos en crisis espiritual, lo que hace es confundir con respuestas sospechosas. Aunque mencionado, el Zohar es casi que mero complemento, la cara de este despertar es Madonna, y es su relato personal quien termina por atraer el protagonismo; así los relatos que la cantante menciona sobre su paso por la maternidad y algunos traumas de juventud, son el escaparate, y los procesos que han llevado a la claridad de estas situaciones se ocultan en la trastienda, reservados para los cursos donde hay que pagar si se desea conocerlos. Estos elementos no

⁷ Marchetti, Simone. Vanity Fair España. <https://www.revistavanityfair.es/articulos/madonna-entrevista-fotos-virgen-maria-ultima-cena-toreros-gira> Enero de 2023.

resultan de la lectura superficial del *podcast* y su mensaje, sino de la lectura entre líneas de la crítica minuciosa.

Este tipo de mercantilización de la espiritualidad, de adaptación del conocimiento místico a su nivel *mainstream*, se viene dando desde décadas anteriores, cuyas evidencias más recientes pueden observarse en muchas de las luchas sociales que se han fraguado en torno a objetivos particulares y ambiciosos; no en pocas ocasiones los colectivos lgbt, de mujeres en las industrias, entre otros, resultaron meras excusas para con su activismo ideológico o “espiritual”, enaltecer la figura mediática de unos cuantos.

Madonna pasó de promover en su discurso el estilo de vida de la elite capitalista, de las ambiciones y la divinización de la celebridad, a su variante espiritual, en favor de una exploración a la “luz interna” y “la aceptación del dolor” ya en varias ocasiones. Aquí comienzan las preguntas, sobre qué dirección tendrá esta nueva presentación como gurú espiritual, y que fin tiene la publicidad disimulada de los “cursos” sobre Cábala.

Al atravesar el mercantilismo, el esoterismo, el budismo, la Cábala y muchas otras doctrinas, reducen su saber a una mera aplicación directa, sencilla, asequible al individuo sin profundidad, y por ello mismo, mediática. ¿De qué otros modos se verá manifestarse la necesidad espiritual del posmoderno, la falta de arraigo en esta cultura visual y de gratificación instantánea, asequible siempre por una módica suscripción? Entre unas y otras, celebridades que se vuelven el “iluminado”, y las nuevas doctrinas reduccionistas, aprovechan el imaginario colectivo.

La mercantilización de la espiritual es un síntoma a la falta de núcleo espiritual y moral, dado que “espiritual” y “moral”, son conceptos en los que el posmoderno no tiene referencia dura, los términos se prostituyen, se escriben y se borran como las letras en la

playa, adaptándose a cualquier ideología, mudándose de mercados, y quienes se alzan como profetas, atiborran estos espacios con objetivos ocultos, que para solo unos cuantos resultan evidentes.

Crónicas de una madre soltera

Juana Ercilia Rocha Magemiano

Quiero contar la travesía por la que asumí el mote de *Madre Soltera*. Mi madre al igual, fue madre soltera, y jamás conocí la particularidad del término. Yo quedé embarazada a los 30, pero desde antes, alrededor de los 28, sentía que mi deber era maternar, no supe si la causa a mi situación era biológica o social, sólo lo sentí. ¿Pero cómo embarazarme sin pareja, yo que nunca había experimentado el amor? Sí, tuve una relación de pareja al concluir la secundaria, amor puro de adolescentes, donde más que pasar actividades juntos, se disfrutaba la compañía, sentirte querida, “de manita sudada” le llaman por aquí; todo sin la necesidad de experimentar la sexualidad, recuerdo la necesidad de vernos y platicar, compartir la ausencia de nuestra figura paterna.

A los 29 años, estudiaba una segunda carrera, donde conforme grupo con cuatro amigos, tres varones y yo; disfrutábamos filosofar, charlar de política, debatir con los docentes, un espacio que disfrutaba mucho. En ocasiones, un muchacho 10 años menor, compañero de universidad, se acercaba y aparecía cerca de donde nos reuníamos yo y mis tres amigos. Entonces me preguntaba “¿y este chico?” Incluso le llegué a decir: - hijito, tus papas te deben estar buscando, esta es charla de mayores -. Pero ni con eso el muchacho se apartaba de nuestras conversaciones, sólo se quedaba ahí. Una vez pregunté a mis compañeros - ¿este muchacho está detrás de quién? -. No me di cuenta de que este joven a quien buscaba era a mí.

No tengo certeza de lo sentía por este muchacho, pero nunca antes había experimentado aquello. Un día me dijo que le gustaba estar cerca conmigo, escuchar las charlas y ver lo osados que éramos para hablar con los docentes. Ahí empezó nuestra relación de amor.

Le dije que yo quería una relación seria, y que una relación la pensaría como para hacer familia, la respuesta de él fue que también buscaba lo mismo. ¿Comprendía de verdad lo que yo buscaba? Luego comprendí que si bien el muchacho era menor a mí, el había despertado antes en la vida, me contó que él y su padre tenían un negocio desde que él era muy joven, tanto que a sus 20 años, tenía un capital de 5000 dólares, creados por el mismo, para hacer negocios; me invitó a viajar a Pisiga juntos, que pagaría todo.

Pasó un año enamorada de este muchacho, me gustaba el sentimiento de amar, y si bien quería maternar, no pensaba en el padre y sus características. Cuando conversamos sobre formar una familia, él aportaba ideas sobre nuestra sostenibilidad, “tendremos una tienda” decía, “nos dedicaremos a esto, a lo otro, invertiremos en esto”. Entonces quedé embarazada. Tuve mis sospechas a los 15 días. Compramos la prueba de embarazo juntos, confirmamos con una prueba de sangre; lo veía en momentos feliz, en momentos con miedo. Hablábamos de como llamaríamos a nuestra “wawa”, donde viviríamos, qué estudiaría el niño. Decidimos en principio contar a mi madre, llegamos a mi casa con miedo y vergüenza, pero lo comunicamos bien, luego pensamos en hablar con los padres de él, incluso a sus abuelos paternos, ahí hubo problema.

Él me dijo - primero yo hablare con mis padres, luego vendremos a pedir tu mano -. Accedí, sin pensar la necesidad de los formalismos. Lo único que quería era un embarazo sano, que entonces iba por las 10 semanas.

Mi pareja nunca volvió, los abuelos paternos no creo que se hayan enterado. Tomando con seriedad la situación, me tocó asumirla sola.

No esperaba que la situación doliera tanto. Durante el embarazo mis hormonas Vivian un carnaval, sentía rabia, llanto, dolor, alegría y felicidad al mismo tiempo; me lastimaba el constructo social de las “madres solteras”, más que el abandono del padre a mi hija. conocidos me felicitaban, y luego venia la pregunta “¿y el papá?”, incluso los doctores preguntaban “¿el papá está feliz?”, ¿tiene que estar triste? Me pregunto. Descubrí el discurso social de que la maternidad debe vivirse en pareja; no estoy en contra, pero considero no es una generalidad.

Durante el parto el trato de médicos y enfermeras era diferenciado, me preguntaron varias veces “¿viene sola?”. En mis adentros decía “no, con mi hija dentro, ¿no se nota?”. Al registrar la filiación de la niña, la oficial de la notaria me dijo “para el registro necesitamos al papá presente”. Esto pese a que la normativa vigente dice que puede realizarse por indicación (sin la presencia del padre). Le indiqué a la oficial que su padre se encontraba de viaje, no vi la necesidad de contar el abandono, luego la funcionaria dijo “¿cómo sé que dices la verdad? ¿O que el padre es quién mencionas?”.

Más adelante en controles consulté con el doctor, ya que mi hija cuando lloraba, lo hacía hasta ponerse morada; iba por una consulta médica y recibí una opinión dura “mi hija tiene la misma edad y no llora de esa manera, eso pasa cuando provienen de familias disfuncionales”. Aquello me pareció poco profesional.

Pese a que la ley acepta las muchas formas de familias, entre ellas la monoparental, una parte de la sociedad persiste considerar solo a la familia nuclear. La doble moral, la

sociedad, asume que un niño es buen ser humano cuando proviene de una familia nuclear, incluso con los extremos que a veces implica este tipo de familia (violencia, privaciones, abuso, entre otros).

Tras mi experiencia de 12 años como madre soltera, diré que es una nueva forma de ser feliz; tengo cosas por sanar, como cualquiera. SOY MADRE SOLTERA, familia monoparental y feliz.

El comisario

Jesús Alberto Guevara Febres

Conocí mucho a “El Comisario”. De muchacho vivía en el pueblo, estudiaba en la escuela de la maestra Carmen Marcano. Lo llamábamos Capuringa por mal nombre, él no se ponía bravo; al contrario, parecía regocijarse, porque soltaba una respuesta consonante y lapidaria, que por obscena me niego a repetir, con la que aplastaba a uno. Eso lo hacía cuando quería reírse, porque siempre así lo llamábamos todos. Su nombre, apenas si lo sabíamos unos pocos, porque lo decía la maestra, cuando pasaba la listade asistencia. Después que lo reclutaron, siempre venía, vestido de verde, en permiso de fin de semana. No jugaba metras, ni trompos, nosotros tampoco; ahora éramos gente con responsabilidad alcohólica y eso era lo que hacíamos en los encuentros fortuitos.

Del servicio militar se fue a vivir a Santa Rita, lo veía siempre en el caserío, con su mujer y los muchachitos. Antes, cuando yo tenía la camioneta doble transmisión, iba siempre para allá; todo era bonito, el río cristalino, donde los muchachos pasaban su rato largo, pescando raja talón en una botella con casabe; mientras uno se entretenía lavando el carro y bebiéndose las cervecitas de la nevera de anime.

Los cafetales vestidos de blanco y de aroma en las primeras lluvias y luego con las ramas dobladas, por la carga de frutas, con el verde, el amarillo y el rojo, haciendo carambolas cromáticas con el azulejo y la reinita, en festín de gula permanente. Las veinte o treinta casas, repartidas en los cuadriles de la serranía, todas conectadas por un ombligo alegre de camino

en torcedura y el humo tan pretencioso, siempre buscando nubes entre los resuellos del cambural.

Siempre era Comisario, con todos los gobiernos fue igual, sería porque no tenía sueldo, ni revólver, ni oficina, sólo un nombramiento en papel de oficio y nadie le codiciaba el cargo o porque sabía leer y además era reservista. Se reía con los amigos, diciendo que era funcionario de carrera, con fuero sindical, porque además presidía el Sindicato de Campesinos de Santa Rita y que por eso resistía, como el colmillo de su tía Jacinta, todos los estremezones de dictaduras y democracias.

La verdad es que no era tan pendejito y algún provecho sacaba de la cuestión. Cada vez que mataban un cochino o una res en diciembre, o cuando fuera, le tocaba el degüello o derecho de beneficio, eso era carne y hueso de sustancia para el sancocho. La Guardia Nacional no se metía con su escopeta, lo cual se traducía en venado, lapa, acure y conejo, de cuando en cuando.

El crédito para la siembra, de primero, cuando lo había y como además las exigencias del cargo no eran muchas; apenas si la atención un rato, para algún funcionario burocrático de pacotilla que, para cobrar los viáticos, inventaba una visita para inspeccionar si estaba lloviendo, si el río estaba crecido o si los arrendajos estaban anidando en los bucares de los cafetales. Claro, que esto se disfrazaba con una “investigación acerca de la degradación del PH en la subyacencia del sustrato por efectos de la radiación en el abono fosforado, o el crecimiento micro somático adicular de la chipola del café en ausencia del nitrógeno molecular.

Algunos fines de semana y en fechas de mucho ron, a veces se arreglaban las cuentas viejas, de palabras mal dichas, con machismo ofendido o males del corazón, por algún amor burlado y la sangre se hacía presente, en el filo del puñal o del machete de la faena. Entonces le tocaba a él llevar agresores y agredidos para el pueblo, cada uno a su sitio de cura, entierro o reclusión. Allí aprovechaba de hacer diligencias personales y de sacarle algo al Municipio, para sus gastos de movilización y comida.

Los problemas de “El Comisario” nacieron con las guerrillas. En esas montañas se metieron unos guerrilleros. Eran como veinte muchachos jovencitos, seguramente de la Universidad, porque sabían de todo y eran muy educados y la gente más bien estaba contenta con ellos, porque llegaban al vecindario y ayudaban a coger café, a desyerbar, asesoraban para el uso de abonos y plaguicidas, recetaban, daban las medicinas, inyectaban, sacaban muelas, se cargaban en la bodega de comida, cigarro y ron; pero todo lo pagaban, daban un mitin y se largaban, tan misteriosamente como llegaban.

Así andaban por los caseríos y nadie se atrevía a denunciarlos, pero como nunca falta algún “lengua larga”, que vaya con el chisme. Dicen que fue el jipato de Perucho y que hasta lo vieron con el ejército vestido de militar. Seguro que fue él, porque se perdió del lugar. Él sabía que lo iban a joder, que lo estaban cazando. Y en cualquier camino, lo iban a encontrar aventado, con el mosquero en la boca.

Los muchachos supieron algo, porque cuando los militares se metieron en el monte los emboscaron y se prendió esa tiramentazón. Fue cuando mataron a Paúl, que estaba estudiando Derecho, ya para graduarse. Allí y que pasaron de diez los muertos. El ejército

tuvo que retirarse y cuando volvieron en la madrugada con helicópteros y bastante tropa y armamentos, ya los muchachos se habían ido.

Después vinieron los militares y los policías de civiles, fue mucho el plan de peinilla y tortura que repartieron. Los campesinos se defendieron diciendo que los tenían amenazados de matarles los hijos si los denunciaban y que además los tenían vigilados y que cada vez que alguno iba para el pueblo, les salían en el camino y les decían:

---Si vas a denunciarnos, cómprate de una vez, una urna para tu mujer.

Hasta que los dejaron tranquilos.

Después que todo se había aquietado, se aparecieron otra vez los muchachos por Santa Rita, fue un solo día; andaban buscando al jipato, para arreglar cuentas, pero éste tenía tiempo que se había ido. No vinieron más, ni se supo de ellos tampoco.

Con el cambio de gobierno la cosa se apaciguó. Los guerrilleros bajaron del monte y se reintegraron a la vida normal; pero seguramente dejaron las armas escondidas, porque cuando volvió a cambiar el gobierno, reaparecieron las guerrillas. Los guerrilleros de esta nueva incursión eran otros y pareciera que apuntaban objetivos

diferentes. Los primeros eran unos muchachos educados, granjeándose la amistad de los campesinos, a través de favores y sembrando sus ideas con la palabra. Estos otros eran hombres curtidos, metiendo miedo a punta de metralleta. Caían por asalto en un caserío; hacían su acopio con los pavos, cochinos y gallinas y hasta una res si la había, la mataban y dejaban tirados, el tripero, el cuero, las patas y la cabeza y cargaban con la carne. A la gente la llevaban a empujones hasta un patio y allí, después de amenazar pasar por las armas a los

traidores, daban un mitin grosero y violento, pintaban unas consignas y se iban cargados, con el producto de su pillería revolucionaria.

Tras ellos, el otro día llegaba el ejército, con los mismos métodos o peores, acusando a todo el mundo de cómplice y encubridor. Aporreaban a unos, se llevaban a otros, se comían lo que quedaba y se iban. Después de un tiempo, más o menos largo, volvían los guerrilleros, entre gallos y media noche, a quitarles contribuciones, sobre todo a los ganaderos y a los que vendían su café y por la mañana se aparecía el ejército, casi en lo mismo y el ciclo se hizo crónico. Así que la situación en el campo se tornó insostenible. La gente fue vendiendo por lo que le ofrecían y saliéndose para el pueblo.

Un día “El Comisario”, por obstinación, resolvió denunciar directamente al Gobernador, lo que estaba pasando y decirle las sospechas, muy especiales que él tenía, por lo que venía observando de guerrilleros y militares. En la gobernación se le atragantaron las sospechas. El empleado que atendía las audiencias del Gobernador, era el mismo jefe guerrillero, que llegaba asaltando los caseríos y arreando con todo lo de valor que encontraba, poniendo precios a las vidas y cobrando el perdón.

“El Comisario” quiso esconderse dentro de la gente, para devolverse a su monte, a recoger su mujer y sus muchachos y perderse de todo aquello, porque presentía su vida en alarma roja de peligro. No pudo llegar a su casa; abriendo el falso de entrada para pasar su *Jeep*, lo alcanzó una camioneta y sus tres pasajeros lo acribillaron, allí mismo en la orilla del monte.

Milímetro digital

Silvia Cecilia Vázquez Carus

El cursor parpadeaba en la semioscuridad del estudio, una minúscula línea vertical que dictaba el ritmo de un silencio insoportable. Hacía tres semanas que el vacío se había adueñado de la casa, cargando el ambiente y alargando los pasillos hasta volverlos irreconocibles. Desde la muerte de su madre, cada habitación parecía haberse deformado: las paredes se alejaban y los objetos vigilaban, estáticos, a la espera de alguien que jamás volvería.

Aida extendió la mano hacia el ordenador portátil que había pertenecido a su madre. Todavía conservaba, en una de sus esquinas, una simpática pegatina desgastada de un faro portugués. Su madre la había comprado durante un viaje familiar y, a pesar de que los colores estaban difuminados, Aida todavía conseguía distinguir la silueta blanca de la torre frente al mar.

Al rozar la superficie con los dedos, creyó percibir el aroma evanescente de la crema de manos que ella utilizaba, una fragancia delicada que parecía haberse quedado atrapada entre las teclas. Cerró los ojos durante una fracción de segundo, permitiendo que aquel recuerdo lejano le devolviera la sensación de tenerla cerca.

Al encender la pantalla, el fondo del escritorio mostró la playa de aquel último verano juntas. Su madre aparecía de espaldas, contemplando el horizonte, al mismo tiempo que el viento levantaba ligeramente el borde de su vestido verde. Aida sintió que el corazón se le oprimía.

No buscaba nada en particular; solo quería arañar algún rastro de su presencia, una frase a medio escribir, una lista de la compra, una fotografía o cualquier prueba de que la ausencia no era definitiva.

Fue entonces cuando lo vio.

En la barra de tareas había un icono que no recordaba haber visto antes; sin nombre ni etiqueta. Era un círculo concéntrico que pulsaba con un brillo plateado, tenue y casi orgánico, como si imitara el latido de la máquina.

Aida frunció el ceño. Dudo unos segundos, pero la curiosidad terminó imponiéndose e hizo doble clic.

La pantalla se oscureció por completo durante tres segundos. Luego, la cámara web del equipo se encendió de manera automática y proyectó una luz azulada sobre sus ojos cansados. Una barra de carga avanzó velozmente en el centro del monitor, acompañada de un leve zumbido que pareció temblar debajo de sus pies.

Aida retiró ambas manos del teclado. Cuando el proceso terminó, el corazón pareció detenerse dentro de su pecho.

Frente a ella, sentada en una réplica exacta de la misma estancia, aunque bañada por una luz sorprendentemente nítida y serena, estaba su madre.

__ Hola, Aida __ saludó la voz.

Aquella presencia superaba cualquier registro del pasado. Tenía la textura idéntica de sus cuerdas vocales, el leve arrastre en la “s” y esa calidez pausada que lograba calmarla durante las peores noches de tormenta. La imagen se movía con total fluidez y se acomodaba el cabello detrás de la oreja derecha, un gesto tan suyo que desarmó cualquier atisbo de escepticismo en Aida.

— ¿Mamá? — el hilo de voz de Aida a duras penas despegó de sus labios. Lágrimas gruesas comenzaron a rodar por sus mejillas sonrosadas —. No es posible. Tú...

— Estoy aquí — respondió la figura de la pantalla, extendiendo una mano hacia el cristal —.

Ven

Aida, impulsada por un resorte primitivo que anulaba toda lógica, acercó los dedos a la pantalla de cristal líquido. Esperaba el roce frío del material industrial. Sin embargo, en su lugar, experimentó una pulsación térmica.

Una oleada de calor traspasó la yema de sus dedos, seguida de una suavidad idéntica a la piel que tantas veces le había arrullado. Era una caricia perfecta, física, real, a un nivel que desafiaba toda lógica del mundo conocido.

Durante unos segundos, la frontera entre la vida y la muerte se desvaneció en el espacio de un milímetro.

Esa noche hablaron durante horas. O, al menos, eso creyó Aida, hasta que un repentino cansancio físico la obligó a apartar la mano. Al romper el contacto, la aplicación se cerró de golpe y el reloj del ordenador marcó las cuatro de la mañana. Se fue a la cama exhausta, sintiendo un peso inusual en los párpados y una rara debilidad en las rodillas.

El ritual se repitió la noche siguiente y también la posterior. Cada encuentro digital era un bálsamo contra el duelo diurno. Mientras el mundo exterior la exigía avanzar y aceptar el dolor del adiós, el ordenador le ofrecía el único puerto de abrigo donde el tiempo no destruía nada. Su madre recordaba las anécdotas de su infancia, le aconsejaba sobre sus dudas actuales y mantenía sus manos unidas a través de la interfaz.

No obstante, el milagro exigía un tributo silencioso.

A la segunda semana, Aida notó los primeros cambios. Su reflejo en el espejo del baño mostraba unas ojeras pronunciadas y un tono de piel inusualmente pálido, casi translucido. Al cepillarse el cabello, mechones enteros se quedaban entre las cerdas. Al principio lo atribuyó al estrés del luto, pero una noche descubrió la verdad de forma explícita.

A la vez que sostenía la mano digital de su madre, un diminuto contador numérico, imperceptible hasta entonces, apareció en la esquina inferior izquierda de la pantalla. Los dígitos retrocedían a una velocidad vertiginosa, no en segundos de reloj, sino en una medida que Aida comprendió con horror: eran sus propios días de vida. Cada caricia, cada transmisión de calor y cada contacto a través del programa consumía la energía vital de su cuerpo para alimentar la simulación.

La figura en la pantalla pareció notar la realización en los ojos de su hija. Su expresión se tornó sombría, cargada de una honda tristeza.

— El vínculo requiere una puerta, Aida — explicó la voz de su madre y, por primera vez, se percibió un leve eco metálico en su modulación —. Y los puentes se desgastan por ambos lados.

— No me importa — protestó Aida, apretando la pantalla con ambas manos e ignorando cómo el contador aceleraba su descenso —. No voy a perderte otra vez. Prefiero estar aquí contigo que en una casa deshabitada.

— Mírame — pidió su madre con dulzura.

Aida observó la pantalla. Vio la perfección de la imagen de su madre, inmóvil, eterna en su captura digital, y luego miró sus propias manos reales; nerviosas, enflaquecidas, perdiendo la juventud a pasos agigantados. Entendió que aquello que alimentaba no era a su madre, sino a

un fantasma hecho de códigos y recuerdos al que se negaba a dejar partir. Su apego no la estaba curando; la estaba anulando.

___ Amar también significa dejar partir, mi niña ___ susurro la imagen, retirando lentamente la mano del cristal. El calor disminuyó de manera gradual___. No me recuerdes en la agonía de una pantalla. Encuéntrame en el viento, en tus pasos, en la vida que todavía te queda por construir.

Aida lloró. Fue un llanto amargo, nacido de la aceptación del verdadero desenlace. Con los dedos rozando suavemente la superficie desapacible del monitor, tomó la decisión más difícil de su existencia.

___ Te amo, mamá ___ declaró.

___ Y yo a ti. Ahora vive.

Aida movió el ratón con determinación. Llevó el cursor hasta la esquina superior de la aplicación y la cerró. Después, arrastró el icono sin nombre directamente a la papelera de reciclaje y la vació.

La pantalla del ordenador volvió a mostrar el escritorio estático de la playa. El zumbido cesó por completo. Aida se reincorporó en la silla, sintiendo la brisa fresca de la noche de verano en su cuarto y la gravedad de su propio cuerpo cansado, pero extraordinariamente ligero. El duelo seguía allí, intacto y doloroso, pero, por primera vez en semanas, el aire volvió a entrar limpio en los pulmones.

El heraldo de las arenas rojas

Francisco Araya Pizarro

El comandante Valentine Varela siempre había creído que el universo era un lugar gobernado por leyes precisas. Como piloto de pruebas de la Agencia Internacional de Exploración Espacial, había atravesado tormentas solares, cinturones de asteroides y campos gravitacionales experimentales. Nunca imaginó que el mayor descubrimiento de su vida comenzaría con un accidente. Durante una misión para estudiar una extraña anomalía cerca de un planeta sin nombre, los instrumentos de navegación dejaron de responder. Las estrellas comenzaron a deformarse alrededor de la nave como si el espacio hubiera dejado de ser una línea recta. La cabina se inundó de una luz rojiza. Después... silencio. Cuando abrió los ojos, el cielo había cambiado. Dos soles iluminaban un horizonte interminable de dunas color escarlata. El aire era más ligero que en la Tierra y cada respiración parecía llenar sus pulmones con una energía desconocida. A lo lejos, enormes columnas de cristal emergían del desierto como árboles transparentes, reflejando los rayos del sol en miles de destellos. Su nave había desaparecido. Solo permanecía el módulo de supervivencia, medio enterrado en la arena. Mientras intentaba comprender dónde estaba, escuchó un sonido grave que hizo vibrar el suelo. Del otro lado de una duna apareció una criatura gigantesca, parecida a un reptil cubierto por plumas iridiscentes. Sobre su lomo viajaban tres jinetes armados con largas lanzas de piedra azul. No parecían sorprendidos de encontrarlo. Uno de ellos descendió lentamente. Era alto, de piel cobriza y ojos plateados. Sobre su pecho llevaba un collar formado por pequeños cristales que brillaban al ritmo de los latidos de su corazón. Le habló

en una lengua desconocida. Valentine no entendió una sola palabra. Entonces el guerrero apoyó la palma de su mano sobre uno de los cristales del collar. El mineral emitió una breve vibración. Instantes después, la voz comenzó a sonar dentro de la mente del piloto.

—“No temas. El cristal ha unido nuestras palabras”.

Valentine retrocedió, incapaz de ocultar su asombro.

—“¿Quién eres?”.

—“Me llaman Kratael. Pertenezco al pueblo de los Caminantes”.

Miró el uniforme del recién llegado.

—“Tú no naciste bajo nuestros soles”.

El piloto negó lentamente.

—“Vengo de otro mundo”.

Kratael no mostró sorpresa.

—“Entonces la antigua profecía era cierta”.

Los jinetes condujeron a Valentine hasta una ciudad suspendida sobre enormes pilares de cristal que surgían del desierto. Puentes transparentes unían torres esculpidas en roca blanca. Cascadas de agua descendían desde jardines elevados, alimentando canales que recorrían toda la ciudad. Nunca había visto algo semejante. Sin embargo, la belleza ocultaba profundas heridas. Muchas construcciones estaban destruidas. Las plazas permanecían vacías. Los rostros de sus habitantes reflejaban cansancio.

En el gran salón del consejo conoció a Lyara, la joven soberana de la ciudad. Vestía una sencilla túnica color ámbar adornada con símbolos grabados en hilo dorado. Sus ojos transmitían serenidad, aunque el peso de incontables responsabilidades parecía descansar

sobre sus hombros. Desplegó un antiguo mapa construido con finísimas láminas de cristal. En él aparecían los cinco grandes pueblos del planeta. Hace siglos habían formado una sola nación. Ahora viven enfrentados por el control del Corazón Rojo, un inmenso cristal enterrado bajo el desierto que alimentaba toda forma de vida.

—“Si el Corazón se extingue” —dijo Lyara—, nuestro mundo desaparecerá con él. Antes de que Valentine pudiera responder, una alarma resonó en toda la ciudad. Los vigías señalaban el horizonte. Una inmensa nube de polvo avanzaba hacia ellos. Parecía una tormenta. Pero en realidad era un ejército. Guerreros cubiertos con armaduras de escamas oscuras que reflejaban la luz. Se aproximaban desplegando estandartes negros que ocultaban el cielo. Kratael desenvainó su lanza. Lyara cerró lentamente el mapa.

—“Han venido a reclamar el último latido de nuestro mundo. Y esta vez... No buscan negociar”.

Las campanas de cristal resonaron por toda la ciudad suspendida. Los habitantes refugiaron en sus hogares. Desde la altura, Valentine contempló el avance del ejército enemigo. Sin embargo, algo llamó su atención. No avanzaban con la seguridad de quienes marchan hacia la victoria. Kratael apretó su lanza. La primera oleada llegó con el estruendo de cientos de alas. Las lanzas de cristal cruzaron el aire. Los defensores respondieron con arcos cuya cuerda vibraba emitiendo destellos azulados. Valentine nunca había visto armas semejantes. No lanzaban fuego. Liberaban impulsos de energía que desestabilizaban el vuelo de las criaturas sin matarlas. Aquello le sorprendió. La batalla apenas había comenzado cuando un rugido estremeció el desierto. El suelo tembló. Las dunas comenzaron a hundirse. Todos dejaron de combatir. Desde las profundidades emergió una gigantesca estructura cristalina cubierta por arena. Era una máquina. Una construcción tan antigua que ninguna leyenda conocía su

verdadero origen. Del centro surgió un pulso de luz roja que recorrió el desierto como una ola silenciosa. Los cristales que llevaban los habitantes sobre el pecho comenzaron a apagarse. Lyara cayó de rodillas.

Esa noche, reunidos en la cámara del consejo, los ancianos revelaron un secreto que durante milenios solo había pasado de una generación a otra. El Corazón Rojo era el núcleo de una inmensa estación construida por una civilización desaparecida mucho antes del nacimiento de los cinco pueblos. Utilizando una tecnología basada en cristales vivos, hicieron florecer los valles y permitieron que surgiera la vida. Con el paso de incontables siglos, olvidaron su origen. Comenzaron a venerarla. Después llegaron las guerras. Y cada reino quiso controlar el Corazón. Valentine pidió descender hasta la cámara donde descansaba la máquina. Lyara insistió en acompañarlo. También Kratael. Atravesaron galerías de cristal que parecían crecer como raíces luminosas. Las paredes mostraban imágenes. Valentine sintió un escalofrío. Aquellas escenas le recordaban la mejor parte de la humanidad. La que construía puentes en lugar de levantar fronteras. Finalmente llegaron al núcleo. En el centro de la inmensa sala flotaba un cristal rojo del tamaño de una montaña. En ese mismo instante, el ejército enemigo irrumpió en la cámara. Al frente marchaba su comandante. Era un anciano de rostro severo. Al ver el cristal dejó caer la espada. Lentamente se arrodilló. Lyara se acercó sin levantar un arma. El silencio se prolongó durante varios segundos. Después ocurrió algo inesperado. Los soldados comenzaron a dejar sus lanzas sobre el suelo. Uno tras otro. Nadie dio una orden. Simplemente comprendieron que seguir luchando significaba condenar a todos. Entonces, los antiguos enemigos trabajaron juntos. Los canales volvieron a llenarse de agua. El color de los desiertos dio paso a los primeros brotes verdes.

Una mañana, mientras el viento recorría las terrazas de cristal, Valentine encontró la anomalía que lo había llevado hasta aquel mundo. Era un arco de luz suspendido sobre el desierto. El camino de regreso. Valentine cruzó el portal. Cuando volvió a abrir los ojos estaba nuevamente en la cabina de su nave. Los relojes indicaban que solo habían transcurrido unos segundos. Nadie creyó su relato. Ningún instrumento registró la existencia de ese mundo. Solo encontró en el bolsillo de su traje un pequeño cristal que emitía un débil resplandor bajo la luz del Sol.

La marioneta

Fernando Antonio Leyva Leyva

Acto I

Érase una vez la historia de una marioneta de carne y huesos que quería ser un muñeco de madera. Veía algo atractivo en la idea de no sentir, no llorar, no amar y, en correspondencia, no sufrir.

El mundo es un amasijo de cosas malas. Hay días malos, gente mala, programas malos que pasan constantemente por la televisión, políticos malos, religiosos malos y, sobre todo, amores malos. Amores que desgarran como garfios la carne del corazón, esos que destruyen hasta el alma y te envuelven entre cadenas oxidadas y hacen de ti un esclavo del sufrimiento y los recuerdos.

— ¡Oh, amada mía! — exclama nuestro héroe por las calles al caminar —, mira que te busco y no te encuentro, mira que te anhele y no te puedo tener. Si no puedes amarme, al menos concédeme una petición. Llévate las cadenas con las que me ataste, con las que me enganchaste como un perro a tu amor.

Y así pregonaba la marioneta, arrastrando contra su pecho las cadenas. La gente lo miraba: — Pobre marioneta desdichada, no sabe que el amor no se le da a cualquiera — decían sin cesar mientras meneaban la cabeza.

El sol se escondía de su rostro entre las nubes cuando miraba al cielo; el mundo le daba la espalda mientras él andaba. Nadie quería a un muñeco de carne y hueso envuelto entre sus propios hilos hechos de gruesas cadenas oxidadas.

—Oh, amada mía —pregonaba con sufrimiento el desdichado—, ¿por qué te busco y no te encuentro? Frecuento el lugar donde por primera vez nos vimos, la alcoba donde nos dimos nuestro primer beso. Voy por el parque, veo a los perros jugar, recuerdo cuánto te gustaba verlos. Oh, amada mía, vida mía, no te escondas, sal de tu lecho.

Las cadenas se arrastraban contra el suelo, centelleaban anunciando su camino —por ahí va el olvidado de Dios, es un espectro, casi más muerto que vivo — decían las sombras que se alzaban en la acera y se apartaban al sonido de los hilos de la marioneta.

—Maldito sea este pueblo, maldita sea su gente indiferente. Disparan sin apuntar, responden antes de que se les pregunte. Me voy, me voy bien lejos; mi amada no está aquí, mi amada no es como ellos —dijo al son de la trompeta que se alzaba celebrando su despedida. Esa noche hubo fiesta en el pueblo, como nunca antes ni después la hubo en la vida.

Presurosa marioneta por los montes, va arrastrando con el peso de la culpa: —Oh, amada mía, ¿qué te hice?, si solo te amé como a ninguna en mi existencia, ¿por qué de todas las cosas que me pudiste dejar, preferiste dejarme estas cadenas? —anunciaba mientras los árboles callaban.

Presurosa marioneta por los montes, llegó un día a una carpa bien alzada. —¡Vengan todos y disfruten la velada! —decía un hombre de negro con una gran papada. —¡Vengan a ver al ciego que mira sin ojos, el mutilado que corre sin pies, el político que no miente, el clérigo que no roba! —Desdichado caminó hasta el umbral y escuchaba atentamente aquel pregón—. Vengan todos a ver a estas rarezas que la naturaleza, Dios y la vida nos dieron.

La mirada de los hombres se cruzó; sonriente, exclamó el gordinflón: —¿De dónde vienes tú cargando esas cadenas? ¿Qué te trajo hasta aquí, mi buen señor?

Era aquella la primera persona que no le dio la espalda al escuchar su voz: —Busco a mi amada, mi gran doncella, la mujer que se llevó mi corazón y me lo cambió por estas cadenas.

El cirquero dio un saltito impresionado; se aferró a su sombrero negro, que también saltó. —

Dime, oh, hombre desdichado, ¿cómo puedes caminar de un lado a otro sin corazón?

—No lo sé, eso escapa de mi campo de interés y comprensión. Solo sé que necesito a mi amada y quitarme estas cadenas, mi señor.

El gordito lo miraba sonriente y una oferta a su nuevo amigo le dio: —¿Qué te parece trabajar aquí en mi circo, ser una rareza más de mi colección? Nunca he visto un hombre sin corazón que se mantenga en pie, ni una vida que se arrastre tanto para volver a una idílica obsesión.

El muñeco que arrastraba las cadenas lo pensó y reflexionó: tal vez si se quedaba en el circo, se haría famoso y su amada volvería a sus brazos como vuelven a salir las flores en la primavera.

—Acepto, mi buen hombre, el trato —dijo dándole la mano al gordinflón. Sonriente el viejo verde cual demonio, lo llevó adentro por las cadenas; era ahora su nueva adquisición.

"¡Admirad la marioneta sin corazón! Vino con ligeras esperanzas, pero a base de látigo, castigo y hambre se la quitamos sin ningún remordimiento. Ya no es un humano, es nuestro muñeco de madera", anunciaba el cartel fuera del circo. Se hizo famoso; corría la voz. Y aunque en silencio a veces la esperaba, su amada nunca

Acto II

Tres meses transcurrieron en el circo; una vida de tortura se sintió. La marioneta con cadenas y sin corazón ya no quería ser como un muñeco de madera; ahora quería ser un errante peregrino.

Una noche el gordinflón se despistó mientras sus guardias se ahogaban en alcohol. El muñeco de todos se rebeló y corriendo se escapó de su prisión. De todos, volvió a ser de nadie, presa del frío del campo y de la ignorancia de la naturaleza.

Llagas abiertas y sangrantes, golpeaba el viento a sus espaldas; era el látigo natural que todavía lo veía como el muñeco de madera del circo, la máquina para ganar dinero, la rareza sin corazón que todavía se mantenía en pie esperando a su amada, cual perro esperando a su dueño.

—Oh, amada mía, aún te busco, aparece, no seas dura con tu amor, porque yo te buscaré aun cuando los astros hayan caído sobre la tierra; incluso en mi llegada al cielo o en mi descenso a los infiernos, clamaré tu nombre hasta que las huestes espirituales te busquen por mí —pregonaba desdichado aquel campero, mientras subía montañas, atravesaba ríos, bajaba senderos. Siempre arrastrando sus cadenas, siempre aullando por su amada como lobo a la luna. En los días caminaba entre los valles; en la noche se encerraba en su desierto. ¿Cuál fortuna posee el peregrino, que no se cansan sus pies, que sigue entero?

—Entero yo estuviera si la tuviera a ella, entero si mi corazón latiera en mi pecho, si lo oyera más cercano y no en el alba, donde roza con mi amada las nubes del cielo.

Por los pueblos caminaba el peregrino, dicharoso del saludo de la gente: —Es aquel sin corazón y con cadenas; démosle asilo, hasta que vuelva su dueño.

Él negaba la ayuda de los demás y seguía sin rumbo su camino; las piedras lo lloraban al pasar, los hombres lo olvidaban en segundos.

Del camino sus pies se aburrieron y sangraban cual torrente de cascada. El dolor le hacía mella en el calcañal; él, sin ganas de vivir, bien lo ignoraba. —Duele más el peso grillete, sufro

más la ausencia de destino; oh, no quiero ser más peregrino, ahora quiero encontrar confort y auxilio.

Un día fuera de su calendario, encontró una posada allá en el monte, una casa de madera, tejas de paja y aire de despecho.

La marioneta se adentró en sus pasillos, donde dos hombres reían sin reparo; poseían dos cervezas en sus manos, un puro en la boca y una raya de coca en la mesa.

— ¿De dónde viene usted, oh, desdichado? Su cara me suena de algún lado — dijo uno de los hombres que reía, acercando su boca con olor a vicios y a muerte cercana.

— Vengo de ningún lado, voy hacia todas partes, busco a mi amada sin ningún reproche, pues ella mi corazón se ha llevado.

— ¡Necio eres! — gritó el desahuciado escupiendo el puro en el piso y azotando su cerveza al aire contaminado — . Ya no busques más, pues tu amada está aquí a nuestro lado.

El borracho pidió una cerveza, enfiló otra raya de coca: — He aquí tu amada, he aquí tu corazón.

La marioneta dejó sus cadenas, que pendían de todo su cuerpo. Se llevó la cerveza a la boca — ciertamente, sabe a sus besos. — Esnifó una raya del polvo; sus pupilas se difuminaron. — Siento el latido de algo, no sé si en mi cabeza, en mi pecho o en otro lado; grande es esta sensación, grande para no ser repetida. Buen amigo, vuelve a la cantina, tráeme otra cerveza, trázame otra ruta. Estas son mis sensaciones de antaño; aquí me quedo hasta que mi garganta se cierre, hasta que mi nariz se irrite y pierda completamente el conocimiento.

El muñeco encontró un nuevo amor sin sentimientos llamado vicio, borrachera y muerte.

Acto III

XXXV

Entre olores de tequila y vómitos inquietos, la marioneta cayó en el peor de sus momentos. La cerveza sabía a gloria, la resaca sabía a infierno. En el piso se había batido mientras la espuma salía de su boca; su cuerpo no aguantaba el alcohol, el humo corrompido y tampoco la coca.

Sus amigos allí lo dejaron para que muriera como el peor de los reos .

—Después de todo, sin corazón nadie vive; él ya estaba muerto y enterrado desde hace tiempo —dijeron mientras seguían riendo. Volvieron a decir cuando le dieron la espalda; siguieron con su vida en otra mesa, mientras la de la marioneta se apagaba.

Del trance salió, pero no de la muerte; se levantó y se secó la baba blanca. ¿Cuánto tiempo había pasado? La posada ya estaba cerrando.

Salió del lugar, se adentró en la selva con su ropa hecha añicos y su mente un abismo sin fondo. —Oh, amada, no estabas en la cerveza, ciego vicio que me hizo delirar con tu espectral presencia.

Sin saber qué hacer ya con su vida y al borde de una idea carcelaria, dejó que sus pasos guiaran su cuerpo. Acabó en el pueblo de donde había salido, donde nadie lo extrañó, donde todos lo ignoraban. Aquel día hubo tal luto como nunca lo hubo ni habrá entre aquella gente.

—¡El tormento encadenado volvió, cerrad las puertas, sellad ventanas, dadle la espalda, seguid con su vida! —gritó un hombre desde el más alto balcón. El pueblo le hizo caso enseguida.

A su casa volvió, al lugar donde deseó ser un muñeco de madera. Caminó hasta la mesa de noche, sacó un álbum que allí guardaba.

Cuando ojeaba callado las hojas, una foto le trajo un recuerdo, una tumba con un nombre nuevo, tierra nueva y un cuerpo bajo la misma que aún no se lo habían empezado a comer los gusanos.

Miraba la foto, la última foto; ella sonreía batiendo su pelo al viento, última foto antes de la tragedia, última foto antes del fatídico suceso.

Aquella noche, las estrellas callaron mientras la silla caía y la cuerda se tensaba; ella estaba cansada de la vida, de ser pobre y de vivir de desgracia en desgracia. En el día la vio con angustia, con la cara pintada de un violeta natural. En la tarde la lloró, en la noche la enterró, en la madrugada la soñó y al otro día la extrañó. La extrañó hasta que deseó despojarse de sus deseos carnales y la extrañaba hasta ahora que se despojaba de su vida terrenal. La cuerda se volvió a tensar, la silla se volvió a caer, la brisa volvió a soplar y el silencio volvió a vencer. — Voy contigo, amada mía; si la vida no nos pudo unir, pues la muerte hasta ti será mi guía.

Alejandría

María de los Ángeles Horta

La fuga de Nelson y José fue más que un escape, retorno a la única patria que ellos reconocían: la Biblioteca Gener y Del Monte. Aprovechando el descuido adecuado del guardia para desvanecerse entre las sombras de la noche en Matanzas, con la urgencia de quienes llevan un incendio en la cabeza, hasta alcanzar a aquella construcción, que ellos, en su delirio, llamaron: Alejandría.

Una vez dentro, se movieron como fantasmas. Durante tres días sobrevivieron gracias a la humedad de las páginas y el oxígeno de las metáforas. José, el de la voz de trueno, se dedicó a reorganizar los libros, no por autor, sino por la temperatura de sus adjetivos. Nelson, con una delicadeza de cirujano, arrancaba esquinas de páginas prohibidas, para masticarlas, jurando a veces que la poesía de Pizarnik sabía a ceniza y la de Bukowski a ginebra barata. Fueron ellos brillantes, dos soles negros que en medio de los anaqueles, escribían con trozos de carbón sobre el mármol en las paredes, versos sobre el origen del universo, y el porqué del olvido.

Los descubrieron una madrugada de calor insoportable, el bibliotecario les encontró bailando un vals sordo sobre las mesas de consulta, coronados con guirnaldas hechas con fichas bibliográficas. Ninguno opuso resistencia. Mientras los enfermeros les conducían de vuelta al manicomio, José gritó que Alejandría no había ardido, sino que vivía presa en el pecho de los hombres. Nelson, en silencio, se limitó a sonreír sus labios manchados de tinta, mientras

guardaba en su lengua el sabor de la última palabra tragada, antes de que la cordura cerrara la puerta.

Rojo

Margarita Isamat

La ciudad hanseática de Hamburgo se extendía hacia su mesita de noche, en dónde reposaba su libro de Larisa Reisner, una reportera rusa que sirvió como miembro del Ejército Rojo durante la guerra civil rusa. De un momento a otro, Freyja tomó el libro y comenzó a deslizar sus dedos entre el papel. Por su mente pasaban las imágenes de todas las mujeres que lucharon para tener una vida digna y justa, en una época dónde los derechos humanos no eran una garantía y el ser mujer era una condición de alto riesgo.

Fuera de esa pequeña habitación, el viento del Elba soplaba con tranquilidad, incitando a los moradores de esa ciudad a disfrutar el día. Iban a ser las 5 de la tarde cuando Freyja dejó de lado a la reportera más roja del siglo XX, y salió del departamento sin rumbo fijo. Mientras caminaba, observó con sigilosa fascinación las embarcaciones que recorrían el *Alster*. A pesar de llevar un tiempo viviendo en esa urbe, gracias a una estancia académica en la universidad, ella sentía que era la primera vez que veía el puerto. En algún momento del paseo, sus pensamientos regresaron al libro que aguardaba pacientemente en su mesita de noche, cuando en un friccionado movimiento lo ve a él; un joven de cálida sonrisa que le miraba con curiosidad. Ambos se observaron fijamente por un breve tiempo, hasta que él interrumpió el silencio que les rodeaba.

-Disculpara usted, mi nombre es Andreas y estoy perdido en esta ciudad. ¿Podrá decirme dónde puedo encontrar la Filarmónica del Elba?

Freyja se encontraba inmóvil, ya que nunca había visto unos ojos almendrados con afable brillo, y en un pequeño impulso solo logró articular unos cuantos sonidos inaudibles. En ese momento, Andreas solo emitió una pequeña sonrisa y le preguntó si podría acompañarla a su destino, y Freyja solo asintió. Durante el trayecto, Andreas trató de disipar el silencio que los dividía con una pausada conversación.

-Te he dicho mi nombre, pero no he escuchado el tuyo.

-Mi nombre es Freyja -respondió. -

-Llevas el nombre de la diosa nórdica de la fertilidad, Freyja -preguntó inquisitoriamente Andreas. -

-Sí, mi madre rogó a Freyja para que alumbrara mi camino hacia este mundo. Siempre pensó que ella determinaría mi destino.

- ¿Tú crees que el destino está escrito para todos?

-Lo está, pero todos los días elegimos seguir el mismo camino o cambiar de rumbo. Las diosas no se equivocan cuando disponen tu nombre.

En ese momento, la curiosidad de Andreas se elevó y no dudo en seguir con el diálogo.

-Me parece que en la actualidad, nuestros dioses están ocupados en la destrucción de la humanidad. Ninguno parece estar interesado en resolver los conflictos de los mortales.

Ante tal afirmación, Freyja soltó una sonora carcajada y Andreas pudo disipar la timidez de su joven acompañante. En un momento de disimulada complicidad, los dos miraron hacia adelante y contemplaron la desembocadura del Elba, justo hacia el mar del Norte. De manera instintiva, Andreas miró de reojo a su compañera, y con una voz serena, admitió que la había visto un tiempo atrás, cuando ella se encontraba en la biblioteca de la ciudad, y que su singular belleza, logró captar su atención, por lo que se dispuso a conocer a la misteriosa

chica que no se ausentaba de sus noches, y la vida le ofreció la oportunidad de hacerlo una vez que él la vio salir de su departamento a unas cuantas calles de su propio apartamento. Las mejillas de Freyja se enrojecieron al escuchar a Andreas y tomó su mano en señal de corresponder el sentimiento; sin decir más, siguieron su rumbo hacia el corazón de la metrópoli, cuando a lo lejos se encontraron con la librería *Felix Jud* y se detuvieron para admirar las estanterías de libros que se encontraban en el antiguo local.

En un momento, Freyja se percató que era demasiado tarde y debía volver a su apartamento, pues le esperaban un par de horas memorizando datos sobre la Alemania carolingia para sus investigaciones de la universidad. Andreas sin dudarlo, caminó a su lado para acompañarle de regreso. Durante su trayectoria, los dos se dieron cuenta que compartían intereses, tenían las mismas inquietudes por la vida y su visión de la vida era similar. Ella provenía de una familia poco convencional, que creía en la libertad de expresión y en la igualdad. Su madre le inculcó desde sus primeros años de vida que debía respetar toda forma de individualidad humana, así como creer que el rol de la mujer estaba más allá de los roles tradicionales. Por otra parte, Andreas creció en una familia que consideraba importante que el respeto hacia el prójimo era un pilar para el funcionamiento de la sociedad y que las mujeres no eran un objeto mercantilizado, sino sujetos que participan activamente en la vida cotidiana.

Tomados de la mano y andando hasta el apartamento de Freyja, por la mente de Andreas se dibujaba una serie de imágenes junto a una vida con Freyja, sin embargo, sabía que pronto debía retirarse a Normandía por indefinido tiempo, ya que había sido seleccionado para impartir un curso de literatura medieval. Le desconcertaba la idea; al fin pudo conocer a la mujer misteriosa que no salía de sus pensamientos, y tendría que ausentarse. Cuando por fin llegaron al apartamento, Andreas le pidió una cita, a lo cual Freyja aceptó. Una tarde cálida

de agosto, Andreas le expresó a Freyja que debía marcharse por un largo periodo, pero que deseaba mantener contacto y enlazar su destino. En medio del silencio, los dos comprendieron lo que vendría para ellos.

Había pasado un largo tiempo desde la última que se vieron, pero en su mente se dibujaban los rastros de aquel armonioso rostro, pues, a decir verdad, el recuerdo de su sonrisa la acompañaban todos los días. Lo conoció una tarde cálida de agosto, de la manera más espontánea; su cabello cobrizo despeinado, una sonrisa amplia adornadas de perlas relucientes, un par de ojos color avellana que evidenciaban la sinceridad de su corazón, la armonía de sus facciones encajaba con un brillo singular, diferente al resto de los hamburgueses. Casi al instante, recordó el cálido abrazo que se dieron antes de su partida; el Elba se volvió su cómplice. Sin cruzar más palabras, Andreas y Freyja bifurcaron sus almas.

El nombre que nadie sembró

Armín J. Arceo Durán

Sola´Ki Nara reconoció el peligro por el silencio de su propia piel, tenía las manos hundidas hasta la muñeca en la Biblioteca Líquida más honda de Miriel y, por primera vez, su cuerpo no se encendía. Ni una chispa verde-azul. Como si hasta su propia biología hubiera decidido no dar testimonio de lo que tenía delante.

Frente a ella, suspendida en el agua, se erigía una mujer hecha de luz. El aire olía a raíz mojada y a polen quemado, el mismo aroma de los jardines de arriba, como si la Biblioteca hubiera decidido imitar hasta el clima de un mundo real para parecer más creíble.

—Este nombre nadie lo ha sembrado – señaló Sola´Ki Nara a la mujer.

Luego la mujer habló.

—Pregúntale al jardín qué recuerda.

Sola´Ki había nacido allí, en Miriel, un mundo de jardines que flotaban sobre columnas de luz como islas que se negaran a hundirse, entre templos cristalinos donde generaciones aprendían a leer la historia con las manos; tocar una reliquia hasta sentir en la piel, el eco de quien la tocó primero. A los seis años había apoyado la palma sobre una tablilla rota y había escuchado —no imaginado— la voz de quien la había roto. Desde entonces la llamaban Custodia de Mitos, un título enorme para alguien que aún se mareaba al volar, porque en la gravedad suave de Miriel, su cuerpo se despegaba del suelo como si el aire le debiera un

favor, y cuando algo la conmovía su piel entera se encendía, incapaz de mentir sobre lo que sentía. Sus maestros decían que esa incapacidad para disimular era, en realidad, su instrumento más fino, nadie puede fingir el color que la propia sangre elige.

Esa mañana, el fresco del Salón de las Primeras Voces tenía una sacerdotisa de más. Todos los niños de Miriel crecían contando las siete figuras pintadas en ese muro, las siete fundadoras del templo, siete nombres que se cantaban de memoria en cada iniciación. Esa mañana había ocho. Los guardianes juraban que siempre habían sido ocho. Un anciano lloró al ver el rostro nuevo, convencido de reconocer en él a su propia abuela. Nadie recordaba haber aprendido su nombre —Ilvenna— y sin embargo todos, con total seguridad, la sabían de memoria. No fue lo único.

El cántico que las novicias recitaban antes de dormir, el mismo desde hacía generaciones, amaneció con un verso de más, y las niñas lo cantaron sin dudar, como si siempre hubiera estado ahí. Sola'Ki lo había memorizado ella misma de pequeña, verso por verso, y podía jurar —con la misma seguridad con que jamás dudaría de su propio nombre— que ese verso nuevo no existía la noche anterior. Un jarrón ceremonial que Sola'Ki había catalogado ella misma, dos años atrás, apareció con un asa que su propio inventario juraba que nunca tuvo. Y cuando se miró la mano izquierda, encontró una cicatriz fina, antigua, cruzándole la palma — una cicatriz que no recordaba haberse hecho, pero que su piel sí recordaba, porque dolía exactamente donde debía doler un corte de hacía años.

En el mercado bajo los jardines, la gente ya tenía explicación, y la repetían con la seguridad de un rezo. Hacía semanas, los guardianes que llaman Druvii habían instalado en las raíces del templo un artefacto nuevo, un Observatorio de Horizonte, un ojo inmenso capaz de escuchar

el fondo mismo de la Biblioteca Luida, más profundo de lo que nadie se había atrevido a mirar. Decían que esa mirada había abierto una grieta hacia otro lado del cosmos, y que por ahí se estaba colando todo lo que ahora sobraba: una sacerdotisa, un verso, un asa, una cicatriz.

SolaKi escuch la teoría tres veces en el mismo mercado, contada por tres bocas distintas, con la misma certeza: una tejedora de redes lumínicas, un niño que vendía frutas de vidrio y un guardián veterano que había ayudado a instalar el propio artefacto. Ninguno dudaba. Eso era, para ella, más inquietante que cualquier grieta: no la sorpresa de lo nuevo, sino la comodidad con que la ciudad entera aceptaba explicarse a sí misma.

Pero cuando por fin tocó el fresco recién nacido, lo que sint no fue una grieta ni una mentira. Fue una vida entera. Real. Completa. Con su propio dolor y su propia alegría. Solo que esa vida no había ocurrido aquí.

Su maestra le había hablado alguna vez, en susurros, de una vieja enseñanza de los primeros Archiveros. Que el universo no nace una sola vez, sino que colapsa y vuelve a empezar sin límite, y que en cada vuelta algo queda pegado a la siguiente, como arena en la ropa después de la marea. A veces — muy pocas veces — dos giros del mismo cosmos rozan sus bordes, y lo que fue cierto en uno se cuela, sin permiso, en la memoria del otro. Ilvenna no era invento del Observatorio ni mentira colectiva, era un recuerdo auténtico, arrastrado desde un giro distinto del mismo universo, buscando dónde seguir siendo verdad. Y no había llegado sola: el asa, el verso, la cicatriz eran grietas más pequeñas del mismo derrame, astillas sueltas antes de la ola completa.

El problema era que la memoria de Miriel no distinguía entre un recuerdo verdadero sin dueño y una mentira bien creída, solo medía cuánta gente la sostenía. Cuanta más gente cantara el nombre de Ilvenna, más cuerpo tomaría, hasta dejar de ser un eco y convertirse en una puerta abierta de par en par, del tipo exacto que —le habían enseñado a temer desde niña— los residuos más viejos del cosmos, los que ya no recuerdan a qué universo pertenecen, siempre andan buscando.

Por eso ahora estaba aquí, sola, con las manos hundidas en la Biblioteca Líquida, sosteniendo una conversación con una mujer hecha de fe ajena.

—No puedo darte un nombre que no sembraste —dijo Sola`Ki—, pero tampoco voy a borrarle, porque tú sí exististe. Solo que en otra parte.

—¿Y si aquí prefiero existir yo?

—Entonces este jardín tendría que dejar de ser él mismo para sostenerte. Y ese precio no es tuyo para cobrarlo.

La Biblioteca tiró de ella hacia adentro, ofreciéndole recuerdos prestados: una infancia que no era la suya, una madre que nunca la había cargado. Por un instante, incluso deseó que fueran verdaderos, pues eran más cálidos que algunos de los suyos. Sola`Ki sintió que el borde entre su propio nombre y el de Ilvenna empezaba a deshacerse, dulce y peligroso como quedarse dormida

en la nieve. Se aferró a lo único que ningún mar ajeno lograba falsificar bien, el tacto exacto de la tablilla rota que la había hecho Custodia de Mitos a los seis años.

—Sola´Ki Nara —dijo en voz alta, como quien firma su nombre para no perderlo—. Hija de Miriel. Y tú eres Ilvenna, de un giro que ya no es este.

Nombrarla fue suficiente. No un exorcismo, un archivo correcto. La mujer de luz dejó de crecer, aliviada, como si llevara toda su breve vida esperando que alguien la escribiera en el estante que le correspondía y no en uno robado. Se aflojó en hebras que se posaron en la memoria de Miriel como algo real, con fecha y origen distintos, y dejaron de pedir prestadas voces vivas. Arriba, el fresco volvió a tener siete figuras; el cántico perdió su verso de más; solo la cicatriz de la palma de Sola´Ki no desapareció, como si la Biblioteca hubiera decidido cobrarle, a ella y solo a ella, el precio de haber mirado tan hondo.

Cuando subió, temblando, alguien la esperaba entre las columnas del templo, tan quieta contra la penumbra que Sola´Ki tardó un instante en distinguirla del muro: piel gris nacarada con reflejos malva, ojos violáceos que parecían haber calculado su llegada segundos antes de que ocurriera. No llevaba insignia visible, pero algo en su postura —la calma de quien ya ha decidido cuántos pasos le tomará cruzar cualquier habitación— dejaba claro que no era una peregrina más de Miriel.

—Los sensores de Horizonte registraron una fisura cerrándose desde adentro —dijo la desconocida—. Nadie hace eso solo con instrumentos.

—Soy Sola´Ki Nara, de Miriel.

—Alhena Vey-Tal. —No tendió la mano; inclinó apenas la cabeza, como quien ya ha decidido algo—. Comando un grupo pequeño que interviene donde el universo empieza a

contradecirse a sí mismo. Lo llamamos, sin mucha modestia, el Escuadrón Harpías. Donde otros ven una grieta, tú viste una frontera, y supiste qué lado cerrar.

Sola'Ki miró su propia palma, la cicatriz nueva y ya para siempre suya, y por primera vez desde que el fresco había amanecido con una sacerdotisa de más, no sintió que estuviera perdiendo su nombre.

Sintió que apenas empezaba a usarlo.

El infierno a tu lado

Alfonso Martínez

Al borde del abismo

Me dijiste con tu tono arrogante, aquel que se volvió usual en ti.

- Esto se termina aquí. No me volverás a ver jamás.

¿Y sabes algo?, me pareció el acto más bondadoso y noble de tu parte, al menos el más significativo que habías tenido conmigo en mucho tiempo. La sola idea de no verte nunca más, es un consuelo dulce que tiene cualquiera que te ha conocido. Tu sola ausencia, no borra el dolor generado por tus actos; al menos no verte, garantiza el fin del sufrimiento.

No hay aspiración más grande y genuina luego de conocerte, que el deseo de no haberlo hecho. Donde has estado, un vacío queda, como huella latente de tu presencia. Cual ácido, corroes tu camino, degradas, disuelves a las personas, dejando únicamente los elementos que te son útiles.

Volteé, te vi y sonreí. Por fin después de varios años viviendo preso a tu lado, me sentí libre y dije:

-Está bien, lo acepto.

Procedí a guardar mis cosas, y mientras las metía en la mochila recordé las veces que soñé con irme, perdí la cuenta de las ocasiones que lo intenté.

Preso

Después de discutir, de los moretones y arañazos sobre nuestros cuerpos, después de lo anterior, en la puerta siempre estabas tú, como augurio de lo que seguía. Aguardando, paciente, cauteloso. Me decías lo de siempre:

-Te necesito... Ahora, las cosas serán diferentes. Lo siento, perdóname, te amo.

¿Por qué no lo intentamos solo una vez más?

Yo dejaba mis cosas en el suelo, con la poca paciencia que tenía, trayendo mi hartazgo a ese momento. Te decía con una mezcla de culpa, cansancio y compasión.

-Ya no puedo más, estoy cansado.

Lo decía soltando mi mochila, con ella, al piso llegaban mis emociones.

-Solo quiero paz - Tú te ofendías diciendo.

-¿Paz?, eso que significa.

Como si fuera otra persona la que estaba hablando.

-¿Me estás diciendo que yo no te doy paz?

Exclamabas con reclamo y tu orgullo herido. El remate era lo mejor, la carga perfecta de culpa y victimismo.

-Yo soy una buena persona, ¿Por qué no puedes verlo?

Un silencio inundaba el ambiente, yo me acercaba, te abrazaba para que no sufrieras. Al cabo de un rato estábamos como si nada. Como si todo eso hubiera sido un sueño. Como si eso hubiera pasado en otra dimensión. ¿Sabes?, llegue a dudar si realmente éramos nosotros. Si las cosas en realidad habían pasado. Tal vez si eras bueno, conocí una versión de ti que lo era, o al menos lo aparentaba.

Yo te mentía, nunca te decía la verdad. Ya no te amaba. Ya no amaba nada de ti.

Estaba contigo por ti, no por mí.

Sentía que debía salvarte. Que las cosas no eran tan malas, que había algo que rescatar. Algún día fuimos felices, tal vez podríamos regresar a ese momento, o a esas versiones de nosotros. Me convencía de que podría quedarme, que aun lo podría intentar una vez más. Tal vez no estaba del todo roto, o aun había más partes de mí que podrías tomar.

La dinámica era la misma, eso se convirtió en un ritual, una especie de círculo vicioso perpetuo. Había momentos de intensa y genuina felicidad, habitábamos el cielo, volábamos sobre las nubes, todo era perfecto y entonces nuestra burbuja se rompía. Ambos caíamos al infierno. Al inicio era más el tiempo que pasábamos en el cielo, pero con el paso del tiempo el infierno nos tenía presos. Ahora sé que a ese círculo se le llama violencia. Y entonces ya no es algo lejano, ni ajeno. Deja de ser algo que ves en las películas, ahora es algo que te pasa a ti, y te culpas, y dices:

-¿Por qué no me fui antes, ¿Cómo es que llegué aquí?

Con la culpa llega el dolor, distinto al de la relación, ahora ese silencio ahogador me sumergía en un abismo de nada. Solo claro oscuros habitaban mi espíritu.

El recuento de los daños

Después de ti, no he podido dejar de preguntarme, ¿Qué es el amor? Me di cuenta que ignoro todo lo relacionado con él, cómo es, qué es, cómo se siente. No lo descubrí por mi cuenta, han sido los largos meses de terapia, el nombrar y entender que me heriste. Logré pasar del te hice, al me hiciste y nos hicimos. No solo hablo de los golpes ¿sabes? Esos el cuerpo en su infinita sabiduría ha logrado sanarlos. Me refiero a algo más interno. Me veo en el espejo y ese que veo no soy yo.

Le tengo un enorme rechazo al contacto físico. Estoy a la defensiva. Cuando alguien alza la voz, un escalofrío me recorre el cuerpo, mi piel se tensa y es algo que no logro controlar. Algo en mí se rompió, lo hizo en tantos pedazos que me ha sido imposible unirlos de nuevo. Lo único seguro que tengo y que me queda de ti, es que lo que tuvimos fue todo menos amor.

Nuestras amenazas no se quedaron en palabras. Se convirtieron en acciones. Tu “intento de suicidio”, las llamadas en la madrugada llorando, el dejar de comer e ir al trabajo, el pasar los fines de semana encerrado en tu casa, siendo vigilado por la Alexa que estaba en tu cuarto. Las prohibiciones sobre las cosas que podría vestir, a quien le podía hablar. Todo eso me habían vuelto preso y responsable de ti. Esa idea surgía cada vez que quería irme, cada vez que quería poner un límite. Me recordabas que eso era mi penitencia. Que tu dolor era mi

responsabilidad, que esas medidas eran mi culpa. Todo era mi culpa, todo era mi responsabilidad.

Yo, era tan egoísta que, en lugar de aceptarlo, me quejaba y entonces sí darme cuenta... perdí. Aprendí a ceder, a dejar de cuidarme para hacerme cargo de ti. Lo curioso es que al inicio renuncié a mí por amor, a la idea limitada, toxica y errada que tenía del amor. Con el tiempo ese interés genuino por ti, por tratar de que estuvieras bien, se convirtió en responsabilidad y al paso del tiempo en obligación.

Confesiones

Mi pecado: fallarte, decepcionarte, romper nuestros acuerdos. Una palabra: infidelidad. En mi mente una salida, una solución que se convirtió en mi calvario. En mi defensa, no fueron tantas, ni tan variadas como tus infidelidades. Ni en número, ni en variedad de personas.

Tomaste cada momento que pudiste para hacerme infiel y pese a eso me amabas. Me amabas, en la conveniencia de tus necesidades, en el beneficio de tus caprichos, en el egoísmo de tus insuficiencias, en todo lo que hacía por ti.

¿Quién además de mí, sería tan tonto, tan iluso, se tendría tan poco amor propio que renunciaría así mismo, a sus límites para complacerte? Y a eso le llamaría amor. A la entrega total de su esencia.

Sería maravilloso creer que fui el único. Que no soy ni fui tu tipo, pero en todas tus relaciones previas, al igual que a mí, a todos ellos los hiciste pedazos. Con ninguno tuviste compasión ni piedad. Para ti, las relaciones se han vuelto una posibilidad de tener a alguien que te arreglé,

que se haga cargo de ti, de tus emociones y sobre todo de poder culparlo cada vez que fracasen en arreglarte.

Necropsia

Hoy con el paso del tiempo, he aprendido que en la vida no podemos ir con un chaleco salvavidas. En ocasiones, daremos todo y aun así las cosas saldrán mal. Y ¿sabes algo? Está bien. En las relaciones y en el amor uno se comparte sabiendo que las cosas pueden fracasar y no lo haces por el otro, lo haces por ti. Nos compartimos porque vale la pena sentirlo, vivirlo. Entendí que tú me compartías tu entorno, tu tiempo, pero realmente nunca te compartiste tú. Siempre estuviste con miedo a la defensiva. En la vida no hay red. Uno salta al vacío y en ocasiones, cae.

Me contaste tu historia, conocía tus traumas. sentía una profunda compasión y admiración por ti. Habías sufrido tanto, tan chico. Solo querías sentirte amado, seguro. Tu anhelo era compartir tu vida con alguien, que te hiciera sentir acompañado.

Pensé que ese podría ser yo. Lo intente, lo juro, te juro que lo hice, puse todo de mi en esa meta, tanto lo bueno como lo malo que hay en mí. Pero, me di cuenta que te había amado tanto y lo había hecho lo mejor que había podido. Entonces entendí, que cualquier cosa que busques o te haga falta es un problema en ti, y no es mi responsabilidad arreglarlo.

Hasta nunca y jamás

El amor puede cambiarnos, aunque terminé, aunque fallé, el cambio no se va. Eso es tuyo. Ojalá algún día puedas compartirte totalmente, aceptando la idea de un fracaso y entendiendo que eso está bien.

Agarré mi mochila, me despedí de ti, estabas como muchas otras veces llorando, pero sabías que ahora sería diferente, algo se sentía distinto, este si sería el final. Te vi pequeño, vulnerable, roto, pero eran cosas que ya no podía ni quería arreglar.

Me despedí, salí de tu casa, de tu vida, de un nosotros. Cerré la puerta, te vi llorar al verme partir y algo en mi sintió paz, después de mucho tiempo por fin pude elegirme, podía irme. cuatro palabras llegaron a mi mente mientras caminaba hacia la calle.

-Hasta nunca y jamás.

Vacíos y sin remedio

A.R. GOTI

Todo el viaje en camioneta había transcurrido con normalidad, hasta que giré en la esquina a una cuadra de nuestro punto de encuentro, pude sentir cierta incomodidad tomar su lugar en mi pecho.

Llevé mi vista al retrovisor, convencido de que me observaban, pero no había nadie.

Al verte esperándome en la esquina, todas aquellas maquinaciones fueron borradas de un plumazo.

Las luces iluminan tu figura cubierta por un vestido ajustado.

Cuando me ves llegar, me dedicas una gran sonrisa. Me detengo a un lado y te invito con un ademán a subirte, mientras le quito el seguro a las puertas.

— ¿Dónde quieres comer? — pregunto, mientras te veo colocándote el cinturón.

— Donde quieras, mi amor. — Me respondes.

— ¿No hay algún lugar que prefieras? — pregunto honestamente.

Propongo cenar en el “El Muelle de la Seda”. Me confiesas que te encantaba la vista al río, aunque no recordaba haberte llevado allí antes.

Ya disfrutando de la noche hablamos de tu pueblo natal, creo que nunca te había preguntado por ello, y me arrepentí honestamente.

En algún punto me perdí viendo como la brisa mecía las aguas de atrás hacia delante.

— ¿Alguna vez te han dicho que te ves lindo así?

— ¿Cómo?

— Así... perdido en el horizonte, no sabría cómo explicarlo... es tierno, creo...

Por suerte la cena no demoró en llegar a mi rescate, por lo que pude escapar de esa conversación.

Luego de aquello propuse que pasáramos la noche en mi departamento y aceptaste.

Entramos y me pediste un momento para pasar al baño. Aproveché para recostarme en el sillón que tenía vista directa a la ventana, ventajas de estar en un octavo piso.

De pronto las luces se apagaron.

Entonces sentí el peso de tu cuerpo sobre mis piernas, usé mis manos para recorerte, suspiraste suavemente en respuesta, me llevé la grata sorpresa de que tenías apenas puesto un conjunto de encaje.

— Ha sido un niño muy bueno esta noche, Señor Koskinen... — susurras en mi oído —. Ven a tomar tu recompensa.

Antes que pudiera responder algo elocuente, me vi interrumpido con un beso apasionado.

Nos desmoronamos en una serenata de suspiros y alaridos.

Ya en la cama.

Me dispuse a besar tu cuello.

Como ya lo había hecho tantas veces.

Y besé tu rostro.

Como ya había besado a tantos otros.

Porque para mí eras un amor que podía ocupar tantos cuerpos.

— Te amo — se me escapó.

Te quedaste quieta, mirándome a los ojos. Tu expresión era de total confusión, como quien recibe un puñal inesperado.

— Me amas... estúpido. — Dijiste con desdén.

Me besaste con una violencia renovada y nos volvimos a perder el uno en el otro.

Ya con la respiración cansada terminé por ceder frente al sueño.

Al abrir mis ojos, te busqué a mi lado, pero lo único que encontré fue el hueco de tu figura en las sábanas.

Di un salto de la cama y me dirigí a la cocina, me abalancé sobre una de las puertas de la alacena con desesperación.

— Tranquilo, ya vi la caja fuerte. Pero no la toqué.

Me di media vuelta y allí te encontré con el humo del cigarrillo danzando a tu alrededor.

Me acerqué lentamente hacia el sillón que tenías enfrente.

— ¿Por qué me dijiste eso?

— Creo que solo me nació, supongo...

Fue entonces que pude notar que el rímel se te había corrido producto del llanto.

— Me habían dicho que eras medio boludón, pero no esperaba esto.

— Lo lamento — dije.

El silencio se hizo presente nuevamente, tragué saliva varias veces, no sabía qué decir. En ese momento no soportaba ver la tristeza en tu mirada.

Me preguntaste si podías darte un baño y yo te dije que sí.

— Son 800 dólares, aunque por el numerito que hice, te hago un descuento. Son 600.

— Acá hay 900... — me aclaré la garganta — por las molestias.

Te dije entregándote los billetes, mientras me mirabas desde el umbral de la entrada.

— ¿En serio crees que soy alguien digna de esas emociones?

Entonces busqué tu mirada y note que tenía un brillo diferente. Esperabas la respuesta a una pregunta que tal vez te hacías cada noche.

— Vos dijiste que me veía lindo ¿no?

— Sí

— Realmente lo pensabas ¿no?

Me confirmaste, pero esta vez la voz se te perdió un momento, por lo que asentiste suavemente.

— A mí me pasó algo parecido.

No sonaba como la respuesta que esperaba dar, en realidad, estaba haciendo un esfuerzo por no ser un imbécil.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando vi tu sonrisa tan dulce y agradecida.

Iba a decir algo más, pero me dejaste un beso en los labios.

Claramente no lo notaste, pero derribaste todas mis defensas.

—Eres un buen hombre Osvaldo... —Susurraste antes de abandonarme allí.

La puerta se cerró tras de mí y me apoyé contra ella mientras me dejé caer sobre el suelo.

De repente, un vacío se formó en mi pecho, como si me hubiesen quitado un puño de arena del corazón.

Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas mientras llevaba una de mis manos a mi frente.

Esos momentos eran los peores, los más trágicos, cuando simplemente nada importaba y era simplemente.

Yo.

Lejos de las bestias

Damián Andreñuk

I

Cuando se extiende la melancolía
en un crepúsculo incierto,
en una cueva glacial con buitres hambrientos,
en un valle desolado con luciérnagas muriendo,
en un túnel infinito y siniestro,
en pesadas maneras de vivir
la ayuda del sol con su milagro sencillo.
La aproximación urgente al templo de las amapolas.
La plena desnudez.
Un sabio desprenderse
de todo lo ficticio.

II

Necesito entender que no es la muerte

la ausencia más terrible.

Cuidar mi paz de fondo.

Mi esencia de bohemio con poco equipaje.

Mi cariño enriquecido en la orfandad.

Mis arrebatos de luz y de tormenta.

Necesito reaprender a jugar por jugar

sin hervir en deseos de victoria.

Abrirme como un niño a la música de la inocencia.

Superar definitivamente las contradicciones de mi lucidez.

Necesito reaprender a decir “yo”

en la ciénaga de la incertidumbre.

III

Lamento

el idioma de incendios del rencor.

Las catedrales con mensajes desoídos.

Los reptiles con actitud sonriente.

La soberbia escarlata.

La inocencia en el barro
cubriéndose de hormigas.

Celebro

la poesía ganada a lo siniestro.

El ciclo deslumbrante de las mariposas.

El Martín pescador como un zafiro audaz

un bello centinela junto al agua.

La generosidad de un limonero.

La intemperie que enriquece.

IV

Exilio inefable en la quietud

incertidumbre en las manos de la libertad

elegancia que perece en la avidez

infección gangrenosa en la piel de la soberbia

una mujer pantera y cisne

lágrimas sin eco ni testigos

mariposas de alas negras en una maldición

un hombre golondrina y guepardo

lo que rige a este mundo a su ambigua aventura

la fuerza incontenible de una tormenta

la sentencia final de la sombra y el polvo.

Trebola el lodo vario

Alejandro Espinoza

Trebola el lodo vario
hiela el destino que lo toca
que atreve el cerco y le dice
por soplo o finura
desatarlo
andarle una esfera
dónde montarse
y resguarda en sí el torpe
volcánico rescoldo
exhibido con una fecha ajena
del que supo un guiño
y dejó a los siguientes
el mero hueso
los comentarios que hunden
y arrancan la sangre.

Duelos

Islas M

Oleáceas oriundas de frondosas moradas,
en las sombras convocan serpientes que gozan;
en las cimas del averno, las escamas se rozan,
a merced y consuelo de las difuntas amadas.

Grisáceas cortezas de fáusticas ilusiones,
donde los roedores pavimentan aspereza:
a frágiles ramas, sámaras hurtan con braveza;
presas de vendavales, se fugan sin pasiones.

Rosáceos desamparos a los ciervos cortejan,
como ácaros a las finezas de su pelaje,
como cuervos a las pomáceas de su paisaje;
venados en duelo, a la tierra vieja celebran.

Cretáceos horizontes al águila endiosan,
testigo de flora, juez de fauna, parca y magna.
Lánguidas oraciones al águila decepcionan:
entre avernos y duelos, al fresno le danza.

Mirada al pasado

Adán Delgadillo Trinidad

No recuerdo el momento en que aprendí a contar las 24 horas del día, que el sol de color amarillo indica el amanecer y que por las noches la oscuridad se acompaña de una hermosa luna o un cielo estrellado.

Años más tarde mire en el espejo ojos azules, o verdes, no recuerdo. Volví una y otra vez a contemplarlos, por temor a que me abandonara su color. Ojos cafés, negros, los míos, víctimas de burlas en la secundaria por ser distintos. La primera cicatriz de crecer, las miradas de desprecio, llegaron con los números de mis notas, que recibieron diplomas y reconocimiento, con la inteligencia y el memorizar fechas, fórmulas para obtener saldos y balances. En preparatoria pocas veces sonreí, el sentido de pertenencia era obligación. Aún así añoro la admiración a la belleza externa en los recreos, a las primeras noches de fiestas con luces de colores para bailar con las canciones pop que aun disfruto al mirar al pasado.

Contemplé la nostalgia desde que el cielo gris me pareció distinto, di por hecho que las nubes y el cielo azul siempre estarían ahí, el sonido de la lluvia era gratificante después del ruido de la vida cotidiana, la escuela, trabajo y el calor del verano, el sonido de las hojas en el otoño significaba nuevos comienzos dejar ir es parte del proceso de la vida para que algo nuevo florezca, y la nevada de diciembre del 1997 en invierno despedía mi infancia.

El azul de mar me dejó perplejo ese infinito donde la mirada se pierde en la puesta del sol y al caer la noche, el ruido de las olas del mar son la melodía perfecta para ese paisaje de ensueño

que tanto soñé, esa belleza canadiense que nunca encontrare pero que hoy puedo describir como belleza perfecta ante mis ojos, mirada tierna de color gris, piel blanca, cuerpo atlético y cabello rubio. contemple también los artistas de revistas en varios conciertos de música de trova, baladas y música pop en los años de juventud, leí números poemas que resaltan la belleza del amor algunos más acentúan la soledad que fue mi compañera en noches de guerra entre la razón y el corazón, corriendo sobre mis mejillas las lágrimas de los puntos finales.

Observe también la ansiedad que llega después de tanto sostener, cuidar, y querer tener el control de todo, olvidando que nada pertenece excepto tus propios pensamientos, esa sensación de vacío, manos temblorosas y la mirada perdida de dolor de parar, ese dolor que desde siempre me acompaño algunos físicos, emocionales y hoy existenciales, esa mirada que no puede fingir y su cara habla más que mil palabras.

Mire también por primera vez los ojos de aquellos niños que hoy llamo sobrinos, sus primeros pasos, sus miradas más tiernas y sus nefastos berrinches esas lagrimas que me partieron varias el corazón en especial esa del lunes 15 de Enero, pero también despertó una nueva forma de amor esa incondicional y que tiene su recompensa en una sonrisa sincera.

El tiempo no perdona y no fue ella la excepción. En noviembre llego a su fin, sin previo aviso tuve que decir adiós, ese otoño se sintió más frío que el invierno mis ojos observaron ese cáncer pulmonar que consumió su cuerpo cerré sus ojos ese domingo por la noche cuatro días después de mi cumpleaños, me perdí en el dolor tanto que lloré como un niño otra vez.

Poco a poco el brillo de sus ojos se apagó, la vida nos pone a prueba o el destino hace lo suyo, adaptarse no es resiliencia, luchar es la única alternativa, la felicidad efímera y los sueños tu propio motor para transitar en caminos desconocidos. Pero la calma regreso con nuevos horizontes, ilusiones y la verdad que años atrás ignoró, otros serían sus refugios. No sin

olvidar la noche triste del 21 de diciembre, me detengo un poco ¿será prudente describirla? Si la contare pues mis ojos no olvidan la escena una fogata, el alcohol y verdades por caerse al piso, si la musa de mi vida lloraba frente a mi porque su amor la dejó esa noche, que dolor sentir el rechazo y mirar en esos ojos que una vez ame sufriendo por alguien que no era yo.

Lo que paso después el tiempo lo borro, se acabó la vana ilusión de conquistar amores se perdió el encanto, y esas ganas de llegar a conquistar se quedaron en ahí donde no causan dolor donde solo observas, contemplas admiras la belleza y no haces tregua, prefieres la derrota a intentar la lucha en lo imposible.

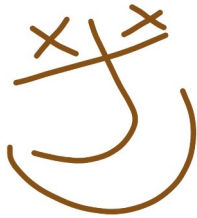
Llegaron noches de nostalgia acompañado de la luna quien muchas veces fue motivo de encanto y gusto en común hablar de su hermosura era también el comienzo de pláticas nocturnas que terminan sincerándose en la madrugada. También, tome decisiones drásticas para no sufrir y en las letras llego el alivio que tanto busque, no son perfectas, sigo admirando la ortografía que me vuelve a enamorar de un poema, de la poesía y de eso que no se puede decir pero expresar en letras el mayor acto de sinceridad.

Fui testigo de los cambios significativos que revolucionaron la vida, la sociedad y la concepción del mundo actual, una infancia sin tecnología, en la adolescencia el internet era la puerta para explorar todo aquello desconocido, aparecieron los teléfonos inteligentes, la tecnología nos consumió. Las redes sociales nos acercaron a desconocidos y los vínculos interpersonales fueron perdiendo sentido, Llego la moda el soltar, no sostener y el amor propio se disfrazó de fotografías, sonrisas fingidas y de aquello que se podía presumir, los likes los conseguí para ser visible con aprobación por la red, que decir de la inteligencia artificial sin duda un gran logro para la tecnología.

Al igual es verdad que mire la incongruencia del ser humano quien después de una pandemia que puso en pausa al mundo, siguió igual. El momento histórico se quedó en cifras de muertos por negligencia y mal manejo de la misma, pero la vida siguió su curso aun cuando la lección es la fragilidad del ser humano quien es vulnerable e indefenso

Confieso que la incertidumbre me invade en pensar que la oscuridad cubra por completo mi corazón, si el sol, la playa, las estrellas, los días nublados que tanto me agradan, la nieve, solo vivan en mi mente y tenga que vivir en los colores del recuerdo, guiarme por el sonido, las texturas los olores que tanto disfrute.

Esa era la historia de Diego ahora un invidente, que escribió sus memorias con un poco de luz en esos ojos que se apagaron lentamente,



Adán Francisco Delgadillo Trinidad

(San Luis Potosí, San Luis Potosí 1986) Licenciado en Contador Público por la universidad Tangamanga 2014 y Tsu. Administración 2006 por la Universidad tecnológica del Norte de Guanajuato Empleado en varias Empresas privadas y Maestro en el Cbtis 245 de Ojuelos de Jalisco 2017 a 2025. Curso de bailes latinos 2023 Impartido por la Casa de la Cultura. Apasionado por la escritura. Actualmente es parte del taller literario Distancia

Alejandro Zapata Espinosa

(Itagüí, Colombia, 2002): licenciado en Literatura y Lengua Castellana (Tecnológico de Antioquia) y maestrando en Educación (Universidad Santiago de Cali). Elegido mediante convocatoria de la revista Prometeo para participar en el 36.º Festival Internacional de Poesía de Medellín (FIPMed)

Jesús Alfonso Martínez Almaguer

(Lagos de Moreno, Jalisco, 1996) Licenciado en Psicología por la Universidad de Guadalajara (2019). Maestro en Psicología por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (2023). Estudiante del Doctorado en Ciencias Cognitivas en el Centro de Investigación en Ciencias Cognitivas de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Integrante del grupo de teatro Yaakun 2015 – 2022. Durante ese periodo participó como actor, en la puesta en escena de las obras; Divorciadas Jajaja, Oscuro secreto de sangre, Mujeres de Arena, Campo de Mariposas. Con esta ultima ganado el primer lugar en la quinta muestra regional de teatro en Arandas Jalisco, y el encuentro de teatro del interior en su edición 2019. Con otros grupos se presentó; Siempre quise ser hombre y a mis amores muertos. En la parte técnica colaboró en Roma al final de la vía, dormidos sobre el pasto. Se desempeñó como locutor de radio, en radio UDG en el programa Error #404 e hizo una campaña publicitaria para el C.U. Lagos “somos C.U. Lagos” en el 2019. Gano el primer concursó de poesía escrita del municipio de Ojuelos de Jalisco en el 2019. Fue reconocido con el premio municipal de la juventud en la sección de literatura, en el año 2021. Grabó un cortometraje de ficción, en la ciudad de Morelia Michoacán, titulado ¿Miedo? Presentado en la casa de cultura de esa ciudad en el 2022

Alan Alejandro García (A.R. Goti)

Alejandro García Explora el terror, la ciencia ficción y el drama desde una mirada centrada en las emociones humanas. Actualmente desarrolla diversos proyectos narrativos y continúa construyendo su obra con el objetivo de abrirse camino en el mundo de la literatura.

Armín Jesús Arceo Durán

(Durango, Dgo., México, 24 de julio de 1989) es médico cirujano y escritor duranguense. Miembro activo de la Sociedad de Escritores de Durango A.C., ha desarrollado una destacada trayectoria en literatura fantástica y de ciencia ficción. Sus relatos han sido publicados en antologías como Ciudad en Letras (2023), Dragones y unicornios (2025) y Angustiante Llamado de la Naturaleza (2025). Desde 2023, funge como maestro en la Escuela Creadores de Letras. Actualmente reside en su ciudad natal, donde combina la medicina con su pasión por la narrativa.

Damián Jerónimo Andreñuk

(City Bell, 1986) reside en Villa Elisa, ambas localidades ubicadas en el partido de La Plata, Buenos Aires, Argentina. Publicó once libros, todos a través de certámenes en diferentes editoriales. Además, a nivel nacional e internacional, obtuvo distinciones en concursos y fue seleccionado para colaborar en revistas y antologías.

Daniel Sánchez Hernández

(Ojuelos de Jalisco, Jalisco, 1999) Licenciado en Letras por la Universidad Autónoma de Zacatecas (2024). Ha participado en el concurso Bibliotecuento (2017) para la conmemoración de la obra de Juan Rulfo en la Ciudad de Guadalajara con el cuento “Otra vida” obteniendo el tercer lugar, asimismo ha colaborado en la revista Redoma de la Universidad Autónoma de Zacatecas con el cuento “En la noche” (2022). En el año posterior se recibió como licenciado en letras al entregar su tesis “El imaginario social instituido en Al filo del agua de Agustín Yáñez” (2023), además ha publicado en la revista Alborismos de Venezuela en la décimo cuarta edición con su microrrelato “Sombrío final” en la entrega de octubre del 2024, en ese mismo año Daniel Sánchez presenta su primer taller literario en el mes de noviembre en Ojuelos de Jalisco Jalisco. El año siguiente, a mediados del 2025 fue invitado por la casa de cultura Luis G. Maciel de Ojuelos de Jalisco para impartir el taller literario, “Si lo puedes soñar, lo puedes escribir”, en la actualidad funge como tallerista del grupo literario Distancia.

Fernando Leyva

Joven cubano radicado en Cuba, amante de la lectura del terror psicológico y las historias con una gran carga emocional. Escritor por afición e historiador y periodista por vocación.

Francisco Javier Araya Pizarro

(Santiago de Chile, 1977) Diseñador Gráfico, Community Manager, Escritor y Emprendedor Digital, publicó seis libros y más de treinta relatos antologado, sus relatos están publicado en diversas revistas literarias en español.

Jesús Alberto Guevara Febres

(Venezuela, 1937), con residencia temporal en Orlando Florida USA. Profesor jubilado. Escritor por afición. Obtuvo el Premio Nacional de Historia 2022 en su país y es Patrimonio Cultural Viviente del estado Monagas Venezuela.

Juana Ercilia Rocha Magemiano

Mujer Aymara de Oruro, madre, lideresa, activista, contestataria e insumisa. Comunicadora Popular desde 2024, realiza la producción de guiones para teatro en prevención de la violencia en razón de género; crítica del sistema y las políticas de dominación Licenciada en Derecho y manejo del enfoque de género y visión antipatriarcal.

Max Islas

(Tijuana baja California, México 2006) Amante de la lectura y prospecto a docente

Margarita Isamat Piña España

(Guadalajara, Jalisco, 1996). Licenciada en Historia por el Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara. En su formación académica y profesional se desempeñó como asistente de investigación del programa PROSNI-CONACYT para los siguientes proyectos de investigación: “Instituciones de control social para la prevención del conflicto y del delito en Guadalajara (1930-1960), “Desarrollo de la policía científica en Guadalajara (1930-1960)”, “Imaginario y representación del delito y la enfermedad en México. Siglo XX”. Colaboró como asistente de investigación en la Fundación Cultural Pedro López Elías, desarrollando una investigación denominada “Finanzas Públicas en México (1824-2022)”, particularmente en el caso de Jalisco, realizando trabajo de archivo relacionados al ramo de: Hacienda, Gobierno y Finanzas, con énfasis en el rescate y análisis de las Memorias de Gobierno, Presupuesto de Ingresos y Egresos, Informes de Gobierno y el Periódico Oficial del Estado. Finalmente, desarrolló una tesis como proyecto de titulación titulado: “Entre la inmoralidad y el pecado. El rostro del suicidio femenino en México a mediados del siglo XX: el caso del filme de Muchachas de Uniforme (1951).”

Mary Horta

(Matanzas, Cuba) Breve currículum Escritora con una profunda vocación literaria cultivada desde la infancia, cuya obra transita entre la poesía en verso libre y la narrativa (cuento y novela de corte familiar). Su escritura y sentido del ritmo se nutren de una sólida identidad artística construida a lo largo de más de cuarenta años de carrera como pianista.

María del R. Luna

María del Refugio Luna Chávez es actualmente maestra en la Universidad Autónoma de Durango (UAD), egresada del posgrado Maestría en Competencia Lingüística y Literaria por la Universidad Autónoma de Zacatecas de la sexta generación (2024-2026). Perfil de egreso: Propuesta para le enseñanza de la Literatura y Creación de la Escritura con recursos multimedia para el nivel medio superior. Es Licenciada en Letras (UAL) por la Universidad Autónoma de Zacatecas, (2024). Investigación: Aportaciones de elementos míticos, dionisiaco y apolíneo, en los cuentos "Cuarteto de cuerdas" y "La marca en la pared" de Virginia Woolf (2023).

Miguel Ángel Rivera Barrera

(Zacatecas, Zacatecas, 1993) Licenciado en Letras por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Maestro en Investigaciones Humanísticas y Educativas por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Fue ponente en “III Coloquio Internacional de Investigación” de la Universidad Autónoma de Zacatecas, Maestría en Investigaciones Humanísticas y Educativas, con el ensayo “Implicaciones filosóficas de la Exposición del Individuo en Internet” 2024, al igual en el Coloquio Internacional Necroficciones (Pos) Modernidad y Humanidades. UACM, UAZ, et. al., con el ensayo “Violencia Clínica, una Mirada Presente en Varios Relatos de Revueltas” 2022 Zacatecas. Participó en el Festival Huellas Artísticas UAZ, Categoría Literaria NARRATIVA “El Aquelarre” – Edición 2022, Participación en el Festival Huellas Artísticas UAZ, Categoría Literaria ENSAYO “Ganimedes” – Edición 2021. Ha contribuido con las publicaciones de sus ensayos “Violencia Clínica, una Mirada Presente en los Relatos Hegel y Yo y Cama 11 de José Revueltas” en Necroficciones. Muerte y Violencia en Poéticas de la Cultura

Contemporánea. Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (Conahcyt) – Julio 2024 y con “Emojis y Estrategias de Comunicación en la App Grindr” en Revista Redoma. Vol. 4, Núm. 15. Zacatecas – Enero 2025.

Silvia Carùs

(Madrid, España) escritora, poeta y creadora multidisciplinar. actualmente reside en el Algarve, Portugal. su escritura nace de la sensibilidad, la resiliencia y las experiencias que han marcado su vida. es autora del libro Muerte en el Paraíso y ha participado en diversas antologías.



Revista de Creación Literaria

DISTANCIA

<https://revistadistancia.framer.website/>

Colaboradores de la presente entrega:

Adán Delgadillo, Alejandro Espinoza
Alfonso Martínez, A.R. Goti
Armin J. Arceo, Damián Andreñuk
Daniel Sánchez, Fernando Leyva
Francisco Araya, Jesús Guevara
Juana Rocha, Islas M
Margarita Isamat, María de los Ángeles Horta
María del R. Luna, Miguel A. Rivera
Silvia Vázquez